

Recopilación de Relatos:

“Abre un libro, abre el mundo”

Guadalajara 2009



¡Alfabetización para Todos!

*“Una de cada cinco personas
no puede leer este texto”*

Campaña Mundial por la
EDUCACION
www.campaignforeducation.org





Introducción

La *Fundación Jóvenes y Desarrollo (JyD)* es miembro de la Campaña Mundial por la Educación, movimiento internacional que cada año, en el mes de abril, organiza la Semana de Acción Mundial por la Educación (SAME).

En el año 2009, desde Jóvenes y Desarrollo de Guadalajara, y junto con la Campaña Mundial por la Educación, en el marco de la SAME, convocamos un concurso de relatos en el que participaron varios Centros Educativos de Guadalajara.

La temática del Certamen estaba relacionada con la *Educación y Alfabetización de personas jóvenes y adultas*, temática protagonista de la SAME 2009 así como de la Campaña educativa “Mujeres, protagonistas del desarrollo” que la Fundación JyD desarrollaba ese mismo curso escolar 2008/2009 en Castilla La Mancha. El concurso estaba destinado a jóvenes de entre 12 a 18 años.

El fallo del jurado se anunció en el Acto de entrega de premios, que tuvo lugar el día *23 de Abril a las 11:30 en el Complejo Príncipe Felipe de la ciudad de Guadalajara*, coincidiendo con el Día del Libro. Al acto asistió, entre otros invitados, el Concejal de Educación y Participación Ciudadana de la ciudad alcarreña, Don Luis García Sánchez, quien fue la persona encargada de la entrega de los galardones.

En esta publicación os presentamos, además de los Primeros Premios de cada categoría, los relatos distinguidos con un accésit así como aquellos que, por reunir diversas cualidades, consideramos merecedores de ser divulgados.

Esperamos que lo disfrutéis.

Fundación Jóvenes y Desarrollo

Accesit 1

Daniela Rubio Soto "Badum"

Colegio Niña María, Adoratrices. 14 años

Abuelo, cuéntame un cuento dijo Pedro antes de dormir.

Mm... No se cual contarte Pedro- dijo el abuelo Juan pensativo- ¡Ya se cuál! Te contaré la historia de Badum.

¿Badum? ¿Qué es Badum? – Pregunta ansioso Pedro.

Verás hijo, tu abuelo también fue niño, y fue a la escuela hace muchos años. Allí tuvo muchas amistades, pero hay una que nunca olvidará y que le marcó la vida.

Cuando yo era algo menor que tú, iba todos los días a la escuela con mis amigos. Pero un día llegó a clase un niño nuevo, algo distinto a todos los demás, era de África.

¿África, abuelo? ¿Dónde esta eso?

África, Pedro es un continente muy grande que esta al sur de Europa. Bueno ahora sigamos con la historia de Badum.

Cuando Badum llegó a clase todos nos quedamos un poco... bueno, bastante asombrados. Era un niño desconocido para nosotros y no sabíamos como reaccionar, pero finalmente la señorita Estela nos lo presentó y nos explicó que era africano, y que estaba allí porque sus padres querían darle una vida mejor y habían encontrado esa oportunidad. También nos explicó que Badum no sabía leer ni escribir y que tampoco dominaba el español.

Cuando la señorita Estela nos dijo esto todos nos quedamos asombrados, ¿Cómo un niño de nuestra época no sabía leer ni escribir, cuando nosotros ya estábamos aprendiendo a multiplicar y dividir cifras largas? Era algo difícil de creer, pero resultó ser que era cierto.

La señorita Estela nos pidió que le ayudáramos, porque era algo muy difícil para él.

Recuerdo perfectamente que Badum no nos entendía todo lo que le decíamos, pero que él lo intentaba con todas sus fuerzas.

Así empezábamos el nuevo curso escolar; un curso que ninguno de nosotros, ni Badum, olvidaríamos jamás. Durante todo ese curso aprendimos todos. Badum aprendió a leer, a escribir, e incluso llegó a contar algún que otro chiste. Nosotros aprendimos mucho, aprendimos lo privilegiados que éramos por poder ir a la escuela, aprendimos cosas que no están escritas en muchos libros, como la cultura del pueblo en el que vivían Badum y su familia, e incluso llegamos a aprender algunas palabras en la lengua de Badum. Fue un año magnífico, quizás en el que aprendimos más cosas acerca de la vida y de cómo hay gente tan distinta en el mismo planeta.

Pero abuelo, que pasó a los padres de Badum, porque no sólo fue un cambio de vida para él. También tuvo que serlo para sus padres, y seguro que tú sabes que les ocurrió. Abuelo, ¿qué ha sido de Badum? ¿Ha vuelto a su pueblo? ¿Sigues siendo su amigo?

- Nunca pensé que la historia de Badum te pudiera interesar tanto. Si quieres te responderé a todas esas preguntas que me has hechos, pero con la condición de que después de eso te duermas, y si quieres mañana te cuento otra historia. – Dijo el abuelo, y siguió con la historia tras hacer aquel pacto con su nieto- Verás hijo. Los padres de Badum tampoco sabían escribir ni leer en español, por lo que su situación era muy mala. Badum decidió que no dejaría que sus padres siguieran de ese modo, por lo que después de clase en lugar de salir a jugar, cuando sus padre llegaban de trabajar, él les enseñaba a leer, a escribir; sumar; restar... en definitiva, les enseñaba todo lo que él iba aprendiendo en la escuela.

Badum enseñó tan bien a sus padres, que pronto pudieron empezar a prosperar y a salir de esas condiciones en las que se encontraban.

Pronto pudieron trabajar en lugares en los que les pagaban mucho mejor, de forma que pudieron ayudar a Badum a que tuviera una vida mejor, e incluso pudieron ayudar a la gente de su pueblo a que saliera de la pobreza, enviándoles comida, materiales de todo tipo e incluso dinero con el que pagar todo lo que no les podían enviar.

Eso es lo que ocurrió a los padres de Badum.

Bueno, ahora intentaré contarte lo que le ocurrió a nuestro amigo.

Badum, el mismo niño que llegó a clase sin saber escribir ni leer, empezó a ser un gran estudiante. En mi época había una especie de concursos académicos cada trimestre, y no había año en el que Badum no fuera el ganador de al menos uno. Creo que él fue una de las personas que más aprovechó la oportunidad de poder aprender.

Pero, abuelo, hay una cosa que no tengo clara ¿por qué hablas de una oportunidad para poder ir a clase. En tu época no era como ahora, que es gratuito y obligatorio?

Mira Pedro, en la mayoría de países de Europa esa era la situación, al igual que en todos los países desarrollados. Pero había otros, como los que hay en África, que estaban subdesarrollados, y no podían permitirse una escuela para todos, y mu-



cho menos gratuita u obligatoria. Esa es la razón por la que siempre te digo que debes ir a la escuela con gusto, aprovechar la oportunidad al máximo y esmerarte, por que es un privilegio, que no todo el mundo puede tener, y que era impensable hace algunos años.

Vaya, no sabía que eso existiera, y es difícil de creer, pero ya ves, si me lo dice mi abuelo le creeré, porque más sabe el diablo por viejo que por diablo, ¿verdad abuelo?

Eso es Pedro- dijo el abuelo entre risas, y continuó con la historia de Badum.

Badum aprovechó tanto aquella oportunidad que fue a la universidad, y estudió durante mucho tiempo, algo que él cuando vivía en su aldea ni siquiera se podía imaginar que le ocurriría. Badum se dio cuenta de que él había tenido suerte, y había podido estudiar; pero que muchos niños de su pueblo seguían sin poder estudiar ni aspirar a una vida mejor; por lo que decidió hablar con la gente de su pueblo, y les propuso construir una escuela, en la que todos los niños podrían estudiar, sin importar la raza, el color, la edad o el sexo, y que él mismo dirigiría los primeros años, hasta que hubo gente que pudo relevarle en su cargo, e incluso pudo transmitir a los alumnos su sabiduría pasando a ser los primeros profesores de la escuela de su pueblo.

La idea de Badum gustó tanto que la ONG Jóvenes y Desarrollo hoy en día ha ayudado a Badum a edificar nuevas escuelas, y el porcentaje de analfabetismo ha descendido.

No se si lo sabes Pedro, pero la escuela a la que tú vas ha sido dirigida por Badum hasta hace pocos años, por increíble que parezca. Un niño que no sabía leer ni escribir es el fundador de muchos colegios en su pueblo y aquí.

Es asombroso abuelo. Ahora sé que debo aprovechar esta oportunidad y que aunque yo sea solo uno, juntos hacemos mucho.

Hombre Pedro, veo que has aprendido bastante con esta historia, y que te ha gustado, pero ahora te tienes que ir a dormir.

Está bien abuelo, pero mañana me contarás otro cuento. ¿Vale?

Esta bien hijo y siempre que te enfades por que tienes mucho que estudiar o por que no quieres ir a clase recuerda que no todo el mundo tenía antes tus mismas oportunidades.

Al día siguiente Pedro contó la historia de Badum en clase, y todos quedaron tan asombrados como se había quedado Pedro la noche anterior.

Accesit 2

Eduardo Delgado Vallejo “Si me quieres escribir” Colegio Diocesano Cardenal Cisneros. 12 años

Como cada verano habíamos ido a buscarle al aeropuerto, todos estábamos nerviosos aunque no era la primera vez. Pero siempre era así. Daifo apareció con el grupo de niños por la terminal cuatro. Nos esperaba un verano de convivencia, de risas, de anécdotas que recordar y de estar en familia, pues Daifo , aunque había nacido a más de mil kilómetros de aquí, ya era de nuestra familia.

Mi padre cargó en el maletero su equipaje, todos íbamos emocionados , y hasta llegar a casa nos miramos , apreciamos los cambios que un año había hecho en nosotros, y nos preguntamos y contestamos muchas cosas. En este tiempo no habíamos tenido ninguna noticia sobre Daifo y sobre su familia. En pleno desierto del Sahara no hay teléfono, ni Internet y el correo no funciona lo bien que podríamos desear. Además la familia de Daifo no sabe leer ni escribir, y nuestro amigo está aprendiendo.

Nos habíamos cambiado de casa y a Daifo le encantó nuestra nueva vivienda, tenía- mos su habitación ya preparada y decorada con los recuerdos de anteriores años, fotografías, dibujos, cuadros de su equipo preferido.... y las consolas a punto pues, como todos los niños, era un apasionado de ellas. Pero mis padres decidieron añadir otra sorpresa más : iría a una academia, que está al lado de nuestro casa , para aprender a leer y a escribir en español, era un regalo que nos permitiría comunicarnos el resto del año más fácilmente. A sus once años , en su amado “desierto” no asistía a la escuela, y cuando lo hacía no aprendía español.

Daifo era un buen deportista, sus deportes preferidos son el fútbol y el baloncesto. También le gusta jugar a juegos de mesa, especialmente el parchís, y las interminables partidas de Trivial con toda la familia. Tras un día agotador, por el viaje, Daifo se fue a la cama y hablamos hasta bien entrada la madrugada , recordamos cosas de su tierra y de otros momentos bonitos que había pasado otros años en que nos había visitado.

Era su primer día de estancia en este año, y Daifo con sus cuadernos nuevos y con los bolígrafos que le habían regalado



mis abuelos, fue a la Academia que mis padres le habían reservado. Tenía una gran ilusión por aprender a leer y a escribir, para así el resto del año poder comunicarse con nosotros. Para nosotros este sería un objetivo primordial, todos decidimos que le ayudaríamos lo máximo posible para que a su regreso dominara nuestro idioma. Mi madre dijo que haría con él la lista de la compra, mi padre dijo que leeríamos el periódico y aprovechando que mi hermana Clara tiene seis años y está aprendiendo a leer, todos los días practicaríamos con los dos. Mi hermana estaba muy ilusionada de hacer esto con Daifo todos los días, estaba deseando que llegara de la Academia para repasar lo aprendido, y su cartilla del sistema "Palau" también fue la cartilla de Daifo.

En la primera reunión que los padres tuvieron en la Asociación que trae cada año a los niños del Sáhara, mi padre propuso que todos los niños que lo necesitaran fueran a la Academia donde asistía Daifo. Nos harían un precio especial al llevar a tantos niños, y sería maravilloso que les regaláramos el aprendizaje de nuestra lengua. Fue muy bien acogida por todos y asistieron más de quince niños. Era un reto que conseguir, teníamos por delante todo el verano.

Daifo realizaba los "deberes" con mucha atención, era inteligente, hábil y sus ganas de aprender eran tremendas. Mis abuelos también participaban, le ponían "muestras", leían con él, mi hermana Clara, a veces, tenía hasta celos. Ella tenía que aprender al mismo ritmo, no se podía quedar atrás... en fin, cosas de las hermanas pequeñas.

El verano transcurría con el montón de actividades que teníamos programadas: piscina, visitas culturales, el maratón de cuentos, fiestas de los pueblos alrededor de Guadalajara, comidas con los amigos, el cine... y como no la lectura y la escritura. Sus progresos eran grandes, la lista de la compra era cada vez más legible, pues al principio, la verdad, nos costaba leer lo que allí ponía y a veces, comprábamos otras cosas.

En la segunda reunión que se celebró con todos los padres de la Asociación, se decidió que el aprendizaje de nuestra lengua siempre se realizaría, que la Academia que este año lo estaba haciendo sería contratada para todos los años.

Pronto, casi sin que nos diéramos cuenta, llegó el treinta de Agosto, Daifo y sus compañeros tenían que regresar. Como siempre era un momento difícil, muchas lágrimas, muchos abrazos y de regreso al aeropuerto para que cogiera el avión que le llevaría otra vez a su tierra. La promesa era mantener un contacto todo el año mediante carta. Daifo se fue cargado de libros, cuadernos, cartillas, cuentos y hasta un método de español para extranjeros que le habían regalado mis tíos. Él ya se manejaba bien, pero debía seguir practicando.

Todos esperamos ver partir el avión en el que Daifo regresaba a su tierra. Desde las cristaleras de la terminal cuatro le dijimos adiós.

Un día cuando regresaba del colegio, como todos los días mi padre abrió el buzón de las cartas, y recibimos una carta desde el Sáhara. Era Daifo que nos decía "*Si me quieres escribir, amigo, este es mi nueva dirección*". Fue una alegría tremenda pues nos contaba muchas cosas, cosas de su vida a tantos kilómetros y sobre todo, que él estaba enseñando a otros compañeros nuestra lengua. El trabajo aquí había merecido la pena.

Accesit 3

Ana Medel Martínez "Una segunda oportunidad"

IES Liceo Caracense. 12 años

El otro día aprendimos la letra A. Todavía no sé muy bien cómo se escribe de forma minúscula, pero estoy segura que lo aprenderé. Los demás ancianos ya sabían escribir por lo que tengo que trabajar mucho para igualarles.

Mi nieto me ayuda frecuentemente y viene a acompañarme todas las tardes y a tomarse el té conmigo. No todos los días nos ponen galletas de las que nos gustan con crujientes pepitas de chocolate. A mis setenta y cinco años todavía puedo ir al colegio y aprender. Nos ha dicho la profesora que esta semana nos enseñará a sumar. Estoy muy contenta de poder aprender ahora lo que no he sabido en toda mi vida.

Muchos domingos mi hija me invita a comer con ella y su familia. Normalmente tomamos algún plato de cuchara seguido de carne o pescado. Cuando terminamos mis nietos Iván y Natalia repasan conmigo la lección de la semana. Natalia no puede estar mucho con nosotros por sus obligaciones en el colegio, pues ya tiene diecisiete años. Iván tan solo tiene siete años. Me acuerdo del día en que nació, fue una bendición de Dios pues mi difunto esposo acababa de morir. Devolvió la alegría a la familia y le pusimos ese nombre porque fue la última voluntad de mi marido ya que su padre se llamaba así.

¡Ah! ¿Qué cómo me llamo yo? Veréis mi nombre es Eusebia. Siempre he querido saber escribir o leer, pero en el pueblo que yo vivía cuando era niña había que pagar mucho dinero para poder ir a la escuela. Sólo los más ricos podían permitirse el lujo de poder ir. Mi familia era pobre y aunque padre se esforzaba para poder llevarme a mí y a mis ocho hermanos al colegio



el presupuesto solo llegaba para que los hijos varones fueran al colegio. A mí me tocó cuidar de mis hermanos pequeños y ayudar a madre en una pequeña tienda en la que vendíamos productos caseros: como un membrillo riquísimo que hacía ella o un requesón recién hecho.

Pero todo eso acabó con la pérdida de madre fue entonces cuando nos mandaron a todos a un orfanato pues padre no podía mantenernos sin la ayuda de su tienda.

Estuvimos allí dos largos años, hasta que una familia rica adoptó a dos de mis hermanas pequeñas. Juan y Carlos; mis hermanos mayores se vieron obligados a irse por la mayoría de edad y tan solo quedamos Vicente, Pepita, María y yo. El orfanato cerró y por suerte nosotros ya éramos lo suficiente mayores como para cuidarnos y supimos defendernos en medio de la posguerra. Siempre me acordaré de Marisol y Eugenia; las pequeñas, que fueron las más afortunadas.

No supimos nada de Juan y Carlos hasta que no pasó un año, la gente del pueblo me contó que estaban trabajando las tierras de una familia adinerada. Nada más saber la noticia corrimos a buscarlos. Carlos pidió al señor de la casa que si podría conseguirnos algún tipo de empleo allí. Pronto María, Pepita y yo trabajábamos para él como criadas: Les preparábamos la comida, hacíamos las camas, limpiábamos la casa cuidábamos de las niñas etc. Mi hermano en cambio ayudaba a Juan y Carlos.

El señor tenía dos hijas: Ana y Teresa. Me recordaban a Marisol y Geni (así es como llamábamos a la pequeña Eugenia). Eran las niñas más buenas y saladas que jamás haya visto. Su pelo era de color carbón y sus ojos eran verdes como las hojas de los árboles en primavera. En cuanto a la señora era la mujer más bella de toda el pueblo. Solía vestir con recatados vestidos y valiosos alhajas. Su pelo era de color paja y su tez era excesivamente pálida. Doña Marta, que era así como se llamaba la señora tenía un tremendo cariño a sus hijas y pasaban mucho tiempo juntas. La mayoría de las veces yo les acompañaba a dar un paseo en sus cuidados jardines y nos divertíamos mucho juntas.

Siempre intentaba curiosear en el despacho del Sr. Ramiro (el señor de la casa). Me resultaba fascinante la de números y letras que podían caber en un trocito de papel. Cuando limpiaba los cajones solía ver los interminables escritos de Don Ramiro pues a mí me parecía que su letra era la más bonita del mundo. Su *D* minúscula tenía un largo palo un poco curvado, pero la parte del alfabeto que más me gustaba era la *Q*. ¿Qué por qué? El ver que la *Q* era una letra que siempre tenía que estar seguida de la *U* me parecía gracioso ya que era como un niño; era una letra que dependía de otra igual que un crío depende de su madre.

Don Ramiro se apresuró y al observar como cogía esos papeles y los miraba tan atentamente él se ofreció a darme unas clases.

Estuve allí cuatro años hasta que llegó el que sería mi futuro marido, el jardinero de la casa, era un muchacho muy bondadoso y honrado. Seis meses más tarde el señor nos proporcionó una casa y nos fuimos a vivir juntos. Me casé con el a los veinticinco años fuimos muy felices sobre todo con la llegada de mi hija Julia. No perdí el contacto con ninguno de mis hermanos. Mi marido Ernesto me animó a buscar a Marisol y Eugenia.

Fue entonces cuando descubrimos que Ana y Teresa las hijas del señor eran en realidad mis dulces hermanitas siempre en el recuerdo de mi mente. Nunca creí que las volvería a ver. Doña Marta y Don Ramiro siempre me dejaron verlas.

Fui enormemente dichosa y diez años después fue cuando mi hija me incitó a apuntarme a clases para poder aprender. Al parecer, un jubilado profesor ofrecía clases GRATIS a las personas que no tuvieran la suerte de poder ir a la escuela. Era una residencia en la que nos ofrecían comida, alojamiento y un profesor.

A menudo me acuerdo de Don Ramiro, que fue el que me inició en los estudios y me parece estupendo que mis nietos tengan la oportunidad de aprender sin ningún tipo de inconveniente.

Clara Navarro De Mora-Granados

“El libro de los sueños”

Colegio Niña Maria, Adoratrices. 14 años

Hola, me llamo Beky, tengo 14 años, y me gustaría contaros la fascinante aventura que viví el día 27 de marzo de este mismo año, día de mi cumpleaños.

Yo siempre he sido una chica muy alegre, simpática, sociable y lectora, sobre todo lectora. Desde pequeña, dice mi familia, muestro un gran interés hacia la lectura, lo que me hizo aprender a leer antes de lo normal. Yo, me considero una lectora compulsiva: cada vez que abro un libro me introduzco en un mundo del que no quiero salir hasta resolver el enigma que se me plantea.

Y escrita ya una pequeña introducción de lo que ha sido mi vida con los libros voy a proceder a contaros mi aventura:

“Era una maravillosa y preciosísima mañana de primavera, y que lo fuera tiene una única razón... ¡Era mi cumpleaños! Me moría de ganas por llegar al colegio y celebrar mi cumple con mis amigos. Cuando llegué allí todas mis amigas me felicitaron con alegría y mi mejor amiga me regaló unos preciosos pendientes. Pero la sorpresa no terminó allí; ¡mis amigas me habían preparado una fiesta sorpresa!



Cuando llegué a casa le conté a mis padres todas las cosas que había vivido ese día en el colegio y mi madre me dijo que esa tarde tenía que acompañarla porque me quería comprar un regalo por mi cumple.

En todas las tiendas a las que entramos había algo que me encantaba pero hasta ese momento no había ninguna cosa que me llamara la atención de verdad. De camino a una tienda de música, pasamos por una tienda de libros "raros" y, no se por qué, pero algo me hizo parar y querer entrar a mirar aquella tienda. Estaba llena de libros muy raros pero que me llamaban muchísimo la atención, en especial uno, titulado: **VIAJE POR EL MUNDO CON EL LIBRO DE LOS SUEÑOS**. Al principio pensé que sería uno de esos libros aburridos o incluso un libro "de medio-brujería", pero no era así, y decidí que ese fascinante libro fuese mi regalo de cumpleaños.

Llegué a casa agotada de ver tantas tiendas pero, aún así, cené rápidamente y me metí en mi habitación para leer el libro. Comencé a leerlo por la primera página, me leí hasta el índice porque quería explorarlo todo de ese libro tan raro. En cuanto comencé a leer la primera letra de la primera sílaba de la primera palabra de la primera hoja del primer capítulo del libro sentí que, por un momento, perdí el conocimiento, y, cuando me recuperé ya no estaba en mi habitación, y tampoco en mi casa.

A mi alrededor solo vi árboles y por eso me puse a buscar algún lugar donde hubiese personas que me dijeran donde estaba. De repente, al pasar unos matorrales vi, a mi derecha, un pequeño pueblo con gente africana, o eso parecían. Era gente muy pobre y que sufrían mucho; a mi izquierda vi, separada por un extraño y mágico muro, una plaza de una ciudad muy moderna, de nueva York o esa zona. En aquella plaza había una manifestación en la que la gente protestaba por la analfabetización que había en los países pobres pero, cuando les ofrecían ir allí un mes de misioneros no aceptaban. En un abrir y cerrar de ojos, el muro extraño "se llevó" la imagen de la ciudad moderna, ahora estaba sola en aquel poblado. Al principio me dio mucha pena esa gente y me entraron muchas ganas de llorar, pero pronto comprendí que llorando no iba a arreglar nada, así que me puse manos a la obra y quise llevar a cabo un espontáneo plan.



Temía que la gente de ese pueblecito no hablara mi mismo idioma, entonces si que iba a ser muy difícil llevar a cabo mi plan, pero "gracias a Dios", hablaban español.

Poco a poco nos pusimos de acuerdo y comenzamos a construir un magnífico colegio con biblioteca incluida y, mientras, los demás niños escribían sus historias para leerlas el día de la inauguración del colegio.

Pasaron varios días y por fin el colegio estaba terminado. En la inauguración, donde los niños leyeron sus historias, nos demostraron a todos que podrían ser muy buenos escritores.

Allí se nos planteó un problema: quién iba a ser el profesor o la profesora de los niños. A pesar de tener tan solo 14 años, yo me ofrecí voluntaria y todos me apoyaron... ¡Que buenas personas!

El primer día de clase los niños se portaron genial, tenían unas ganas tremendas de aprender (ya podrían algunos del mundo moderno tener esas ganas), y por eso al final de la clase todos compartimos unos dulces que una niña había llevado.

Pasadas varias semanas, en las que tanto los niños como yo aprendimos muchísimas cosas, me acordé de que yo tenía "otra vida", la de Guadalajara, y, desgraciadamente tuve que decidir marcharme de esa aventura porque la vida en España seguía.

Las personas de aquel poblado decidieron hacerme una especie de ritual o fiesta de despedida. En ella bailamos, jugamos, comimos... ¡Lo pasamos genial! Pero ya era momento de despedirse y, claro, de la pena de dejar aquello, me puse a llorar como una niña. De repente, eché en falta a los niños y pregunté dónde estaban, entonces aparecieron ¡y tenían un regalo para mí! Era una maqueta del colegio que habíamos construido y también estaban ellos. Me contaron que lo habían hecho todo a mano. Entonces, les prometí que nunca les olvidaría, y poco a poco fui andando y alejándome del poblado, debía volver a casa.

Con la cara llena de lágrimas me dispuse a cruzar los matorrales que, hace unas semanas, me habían embarcado en esa agradable aventura. Cuando los crucé, sentí que perdía el conocimiento y me puse nerviosa, pues no quería olvidar nada de eso ni marcharme sin mi regalo.

De repente, cuando recuperé el conocimiento, estaba otra vez en mi habitación y... ¡El tiempo no había transcurrido! En mis pies estaba el libro, abierto por la última página, pero de esa aventura no me quedaba nada, tan solo el recuerdo. Me puse a pensar y me quería convencer a mi misma de que todo había sido un sueño, pero algo en mi corazón me decía que aquella historia había sido real.

De repente, mi madre irrumpió en la habitación y, al ver el libro abierto por la última página me preguntó si ya me lo había leído. Yo le dije que solo le estaba echando un vistazo, que otro día me lo empezaría a leer, pero decidí no contarle nada de mi aventura. Bueno, el caso es que mi madre entró en mi habitación para decirme que tenía un correo. Yo, claro, me esperaba una carta pero, de repente mi madre apareció con un paquete, y era bastante grande. Pensé que podría ser algún regalo de mi familia de Valencia y lo abrí entusiasmada, pero no era ningún regalo de mi familia, ¿sabéis lo que era?... ¡Era la maqueta, el regalo de aquella gente que ya se había convertido en mi segunda familia!

En ese momento me di cuenta de que todo lo que había vivido había sido real, tal y como algo me decía en mi interior; en ese momento me di cuenta de porqué esa tienda y ese libro me habían llamado la atención, y en ese momento, con la maqueta acurrucada en mis brazos, juré que nunca jamás olvidaría aquel lugar ni a aquellas personas y sentí que algún día volvería a verlos.”

José Martínez Gil “El viaje más largo” IES Liceo Caracense. 12 años



En muchos países del Tercer Mundo, las personas tienen que poner a trabajar a sus hijos para poder darles de comer y por lo tanto éstos no pueden ir al colegio, los que consiguen ir, tienen que caminar muchos kilómetros, a veces en solitario y con peligros de fieras o ladrones. Contaré una historia.

Oussama era un niño que había nacido en una aldea de África. Sus padres eran campesinos pobres y con muchos hijos. Toda la familia era analfabeta. En su aldea no había más que un pozo de agua para toda la comunidad, no había carreteras ni hacían falta pues no había tampoco vehículos, la electricidad no era conocida. Era pues una aldea en la que el progreso y el bienestar solo eran conocidos por lo que contaba los inmigrantes en sus cartas. Las máquinas que empleaban

eran rudimentarias y ayudadas por la fuerzas de los animales como bueyes, caballos o camellos. Para ir a la escuela la cosa se complicaba porque tenía que ir al poblado más próximo pues en el suyo no había escuela y si llegaba tarde no le dejaban entrar. Como muchos días no llegaba a tiempo y además su familia era pobre decidieron ir a otro pueblo donde unos familiares paternos podían ayudarlos pues tenían algunos recursos y la tierra era más fértil y el clima más benigno.

Aquí la vida les era un poco más fácil, comían dátiles y hortalizas que ellos mismos cultivaban. Con ellos consiguieron ahorrar algún dinero con el que comprar un camello y algunas tierras pero con todo no estaban contentos con su situación pues sabían que si querían lograr mejor vida tendrían que estudiar. Así su padre hizo un esfuerzo para que los hijos más pequeños fueran al colegio local por las mañanas con tal de que por las tardes ayudaran con su trabajo en el campo. Tuvieron suerte pues hubo años de buenas cosechas y las multinacionales pusieron unos precios más razonables que en otras ocasiones a los productos tropicales.

Al cabo de unos años Oussama y sus hermanos habían hecho los primeros estudios pero la situación de su país comenzó a deteriorarse. Las riquezas del país habían atraído a las compañías extranjeras y para mejor controlar la situación habían promovido los enfrentamientos entre los diversos grupos étnicos.

En esas circunstancias, decidieron con la ayuda de su camello mudarse a otro pueblo donde había más posibilidades de mejora de vida y de continuar estudiando, el gran inconveniente era que el viaje era largo, aproximadamente de unos veinte días. Finalmente se pusieron en camino y como se alargaba y se quedaban sin provisiones en un oasis tuvieron que hacer parada para descansar y aprovisionarse de agua y comida. Tras otra semana de viaje se encontraron con una carretera cortada por una barricada en la que les pararon unos soldados que les propusieron que se hicieran guerrilleros y les llevarían a donde ellos quisieran pero ellos no aceptaron y siguieron su camino. Cuando las provisiones comenzaban nuevamente a disminuir se encontraron con



un pastor que les ayudó regalándoles un poco de carne con que comer ese día. Al día siguiente, prosiguieron su viaje y se encontraron con unos soldados de la ONU. Oussama les preguntó que cuanto faltaba para llegar a la ciudad de Timu a lo que ellos contestaron que la guerrilla la había arrasado. Fueron los peores presagios los que se confirmaron. Estaban sin saber qué hacer, las posibilidades de una nueva vida parecían esfumarse definitivamente. En este peregrinar llegaron a una ciudad costera donde les propusieron a cambio de todo lo que tenían subirse a una patera y arriesgar la vida en un desesperado intento de llegar a una tierra que para ellos se imaginaban como el paraíso.

La travesía fue dura, durante varios días apenas comieron ni bebieron; pasaron frío durante la noche y calor durante el día. Luego el miedo a lo desconocido de donde se hallaban, a donde iban y que se iban a encontrar. Finalmente vieron, entre brumas la costa de una nueva tierra, un nuevo país, todo nuevo. Su ánimo y sus ojos estaban alegres porque estaban ante la oportunidad de su vida. Su primer día en esta ciudad les resultó agradable pues recibieron atenciones que jamás en su vida habían tenido. Recibieron atención médica, comida, alojamiento, ropa y el apoyo de jóvenes que se prestaron en los días siguientes a seguir dándoles y apoyo. Luego, como su país estaba en una situación de guerra civil, las autoridades les permitieron quedarse a trabajar.

Con las dificultades de de unos emigrantes fueron abriéndose camino. Oussama trabajó duro y como era inteligente pensó en estudiar enfermería. Así lo hizo y acabó sus estudios con muchos conocimientos con los que pensaba ayudar a las gentes de su país.

Entre tanto había formado una familia. Había echado raíces en su nuevo país pero seguía acordándose de su pueblo, de su infancia, de sus amigos y de todos sus paisanos.

Cuando al fin de varios años pensó en volver, llevaba consigo un montón de cosas para hacer. Pensó en aplicar sus conocimientos entre sus conocidos y puso su trabajo en un hospital de su país.

Oussama había hecho un viaje gigante. Le parecía haber dado la vuelta al mundo. Al fin se sentía feliz de haber realizado no sólo su sueño sino el sueño de sus padres.

Sara Cerezo Pérez *“En busca del abecedario”* IES Liceo Caracense. 13 años



Había una vez, en el año 1998 un muchacho llamado Mowgli. Tenía once años.

Vivía en un pequeño poblado de la República del Congo. Era uno de los poblados más pobres y pequeños (apenas tenía 100 habitantes) de África.

Mowgli vivía en una pequeña choza con su madre y sus dos hermanos: Taboom y Mali. Su padre había muerto tres años antes a causa de una epidemia de malaria. Fue muy duro para él.

Taboom tenía quince años. Ya trabajaba en una mina, pero tan solo le pagaban tres talentos, con los que mantenía a su familia a duras penas.

Mali tenía seis años y ya estaba trabajando en una cantera, recogiendo pequeñas piedras. Sólo le pagaban medio talento y eso no llegaba ni para comprar medicinas, zapatos o ropa.

Mowgli iba cada día a cazar, pero no tenía mucha suerte. Apenas cazaba un conejo y se lo tenían que distribuir para todo el día.

La madre, Yshirina, caminaba cada día unos diez kilómetros hasta el pozo más cercano para coger agua y, encima, no siempre estaba en buen estado. Luego volvía al poblado.

En éste no había escuelas, profesores, hospitales ni médicos. Y eso se notaba mucho.

Cada año había muertos, casi la mitad de ellos niños o recién nacidos, a causa de enfermedades como la peste negra, la malaria o la lepra o de los duros trabajos a los que eran sometidos como ir a la mina, a la cantera o caminar por pleno desierto sólo para conseguir un simple mineral: la rosa del desierto.

El sueño de Mowgli era viajar a España, ir a la escuela y aprender a leer y escribir, saber idiomas como español, inglés, francés o incluso italiano o alemán, y saber, y saber...

¡Mowgli, Mowgli! Ha llegado un amigo de mi padre del poblado de al lado, diciendo que si tenemos dinero nos pueden llevar a España, y si no lo tenemos podemos igualmente ir, pero cuando trabajemos se lo tendremos que devolver... —en la voz de Irynhaa (su mejor amiga) se notaba preocupación y excitación. —Pero... no vayas, podrías morir en el viaje.

¿¿¿Quééééééééé!!!? Me voy pitando. —pero el muchacho se dio cuenta de que ella estaba llorando. La consoló con un abrazo, se despidió de ella y añadió —Voy a despedirme de madre. Hasta siempre, Irynhaa.

¡Madre, madre! Me voy a España, me marcho a España.

¿Cómo? ¿En cayuco? ¡No, no! Ni hablar. Tú no vas a ningún lado.

Pero madre...

¡Ni pero, ni pera! No vas y punto.

No te preocupes, mandaré dinero. Me ha dicho Malahujijamha —era un sabio del poblado que había viajado mucho —que 100 pesetas de allá son como 10 talentos aquí, lo que quiere decir que lo que aquí cuesta una choza, es lo que allí cuesta un libro. Confíe en mí, madre. Además tengo allí al tío Mashimiyku. Me marcho ya.

Dicho esto, se despidió de Taboom y Mali y partió.

El viaje se hizo largo y pesado. Era incómodo, iban dentro unas ochenta personas “en busca de la felicidad”. Además, estaban hambrientos y sedientos. A la altura de Cabo Verde por poco se estrellan contra un barco pesquero. Faltaban cinco kilómetros cuando el cayuco comenzó a partirse.

—Kishimka çabockoi nanuna ciash! Dashuh muçi!—Decían los hombres (quería decir: “30 días de viaje para nada. ¡Dios mío!”).

Se oyó un estruendo y se hundieron. Mowgli pensó “Voy a morir”. Sintió que no respiraba y, al no saber nadar decidió quedarse quieto y al momento, se desmayó.

— ¡Vive, vive! —fueron las palabras que primero oyó. —“¿Vivo? ¡Estoy vivo!” —pensó Mowgli. Abrió los ojos y se encontró en una habitación blanca, vestido de blanco, envuelto en unas finas sábanas blancas y lleno de vendas y tubitos.

—Ahhhh... —se quejó —Çongoh moraik hçiamh? —dijo (significa: “¿Cómo he llegado hasta aquí?”)

— ¡Traed a un congoleño! Por ejemplo a Mashimiyku.

Ma...Mashi... —en aquel momento llegó Mashimiyku —¡¡Tío!!! —Mowgli saltó hacia él y tiró todos los aparatos de la emoción.

Luego le contó que estaban en Madrid y que tendría que ir al colegio, aprender hablar y escribir español, Mowgli pensó: “aprender a leer, saber las letras, mi gran sueño...” y sonrió.

Fue muy buen estudiante en el colegio, luego estudió la carrera de magisterio y sacó unas notas excelentes.

Y es que nunca le había hecho ninguna gracia ser analfabeto.

Trabajó como profesor en el colegio en el que él había estudiado.

Un día, cuando tenía 27 años, decidió volver al poblado.

Para aquel entonces, su tío ya había fallecido hacía un año. Antes de partir fue de compras y compró útiles que le podían servir para su retorno a casa: tizas, lápices, cuadernos, libros... y ropa para cada uno de ellos.

Cogió el primer avión que pudo y se marchó.

Una vez allí, vio a su madre a sus hermanos, a... a... ¿Quién era esa? Parece... no, no puede ser... Irynhaa. Pero sí, sí era ella. Se le llenaron los ojos de lágrimas y el corazón de sentimiento de culpa por haberlos dejado allí, solos, indefensos.

La verdad es que estaba muy cambiada.

Tenía 25 años, era menudita y de cabellos rizados y negros.

—I... Irynhaa, ¡Irynhaa! —corrieron a abrazarse y él se atrevió a decir —estás muy cambiada y... —“más guapa”, pensó, pero no llegó a decirlo.

Luego Mowgli miró a su alrededor y vio que el pueblo había prosperado un poco: en vez de chozas había pequeñas (pero no por eso menos acogedoras) casitas de adobe.

Y se fijó en que había más niños. Entonces comenzó a repartir las ropas que él mismo había comprado y dijo:

—Ahora soy profesor y he decidido... crear una escuela.

Todo el mundo le aclamaba y pensó: “ha merecido la pena”.

Con el paso del tiempo, Irynhaa y Mowgli se casaron y tuvieron tres hijos. Dos niños: Limpopo y Kalahary, y una niña, Moly a los que enseñaron a leer, escribir y contar.

Al final, se construyó una escuela y el director y profesor principal era Mowgli.

El poblado, que por cierto no tenía nombre se llamó “Biá Kçonga Ashçura” (Pueblo de Gracia).

Todos fueron muy felices y nunca olvidaron la valentía de Mowgli, cuando salió del poblado en busca del abecedario.

Esther Parra Virto “Sueños de papel”

Colegio Niña Maria, Adoratrices. 14 años

Desde pequeña, Jackey soñaba con ser maestra.

Ella se había criado en un poblado chabolista, situado a las afueras de Bogotá en el que la gente por su escasez de recursos no tenía acceso a la cultura. Su padre tenía como única fuente de ingresos el dinero que conseguía vendiendo la chatarra que encontraba por la zona, y su madre, que estaba hundida en una depresión desde hacía años, se dedicaba a las tareas del hogar, si así se puede llamar a la pequeña cueva de chapa y cartones donde habitaba la familia.

La falta de formación en la infancia de sus padres motivó que estos hicieran todo lo posible para darle a su hija lo que ellos no habían podido disfrutar: el derecho a aprender. Un día, la pequeña niña fue arrebatada de los brazos de sus padres y llevada al orfanato de la capital, pero tal vez Jackey ya se imaginaba que algo importante pasaría (si algo así se puede prever) porque desde hacía semanas el ambiente en la casa estaba más triste de lo habitual y su padre no dejaba de beber compulsivamente cuando creía que nadie le observaba.

En el orfanato tuvo más suerte que otros niños y cuando cumplió los ocho años fue apadrinada por un anciano marqués que intentaba borrar así errores pasados.

Recibió la mejor educación en internados franceses donde con su esfuerzo y la ayuda de los magníficos profesores que allí encontró consiguió una envidiable formación.

Doce años más tarde, el marqués murió entre los gruesos muros de su palacio, dejando a Jackey toda su herencia.

Recordó sus orígenes y la nostalgia fue tan intensa que pensaba renunciar a su cómoda vida, y regresar a aquella paupérrima chabola para reencontrarse con sus padres con los que no podía comunicarse.

Por medio de un emigrante se pudo enterar de que las personas a las que más había amado y que tanto habían hecho por ella, habían muerto en uno más de los ataques de la guerrilla, tan tristemente comunes en la zona.

Las noticias eran tan dolorosas que no soportó guardarlas en la soledad de aquella lujosa hacienda y pensó que había llegado el momento de tomar las riendas de su vida y de alcanzar el sueño que perseguía desde pequeña.

Se licenció en la Universidad de Richsen, en Alemania, y se propuso sacar de la incultura a tantos niños que no tuvieron la suerte de que un marqués se fijara en ellos. Además, en ocasiones, vivían en el hogar situaciones semejantes a la que vivió ella, o incluso más desgarradoras.

Invirtió todo su dinero en las obras de varios colegios destinados a acoger a niños sin recursos hasta quedarse únicamente con la propiedad de una humilde cabaña de madera. Ella le ayudaba a aislarse del mundo y de sus problemas.

En un primer momento pensó que su misión allí había terminado, pero pronto pasó a dar clases personalmente en uno de estos centros.

Varios años después se trasladó a África, donde ejerció de profesora en una aldea apartada de todo lujo cercana al río Nilo.

Fue allí donde encontró en cada una de las sonrisas de aquellos niños al entrar al colegio, el sentido de su vida, la paz espiritual y la firme decisión de seguir dedicándose a la docencia para ofrecer a sus alumnos un futuro mejor.

A Jackey el abrir un libro y explicarlo, no sólo le proporcionó un trabajo, sino la posibilidad de ayudar a aquellos jóvenes y de esforzarse día a día en el cambio de esa cruel realidad que asola el mundo.



María Briso-Montiano Marco “La historia de Fatio”

IES Buero Vallejo

Después de la visita de una ONG, la clase de 1º B de ESO decidió apadrinar a un niño africano. La primera noticia que tuvieron fue que el niño se llamaba Fatio y tenía 13 años, tenía siete hermanos más y vivían en una pequeña aldea, pero lo que más les impresionó es que Fatio era un niño analfabeto y no iba a la escuela. Meses más tarde la ONG les informó de que con el dinero que estaban aportando, en la aldea de Fatio habían construido una pequeña escuela, a la cual Fatio iba todos los días después de trabajar. Fatio trabajaba muchas horas diarias para conseguir algo de dinero. En la escuela, el profesor les enseñaba las letras y los números. El chico se tomaba muy en serio cada clase, ya que sabía perfectamente que si no estudiaba no tendría ningún futuro y tendría que seguir sembrando la tierra como hacía su padre, éste se lo recordaba cada día, porque no deseaba por nada del mundo que su hijo tuviese que vivir en la pobreza. Un día el profesor de 1º B les dijo que habían recibido una carta de Fatio, ésta decía:



“Hola chicos y chicas de 1º B. Ésta es la primera vez que escribo una carta. Lo primero, quiero agradeceros el esfuerzo que estáis haciendo todos vosotros para que yo pueda tener un futuro mejor, gracias a vosotros he aprendido a leer, escribir, sumar y restar.

Mi profesor me dice que aprendo deprisa y que me esfuerzo mucho, y me ha contado que allí en España todos los niños van a la escuela, pero en mi aldea solo unos pocos tienen esa suerte, aquí quien recibe una educación, lee y escribe es considerado un afortunado. Por eso os digo que vosotros tenéis una gran suerte y que muchos niños os envidian. Vivo en una pequeña chabola sin electricidad ni agua corriente, en mis ratos libres me divierto fabricando pequeños coches con la

chatarra que encuentro, y después mis hermanos y yo echamos carreras con ellos; otras veces cojo el libro que me regaló el maestro y me pongo a leer. Pero no suelo tener mucho tiempo libre ya que tengo que trabajar y después asistir a la escuela. Terminó esta carta volviendo a agradeceros vuestro esfuerzo”.

Saludos a España

Cuando el profesor terminó de leerla Carlos exclamó:

- ¡ Anda profe, qué rápido aprende español, si hasta escribe cartas mejor que yo!

Toda la clase se echó a reír.

- Carlos, Fatuo está aprendiendo a escribir en su idioma, esta carta la escribió en su idioma pero la ONG nos la ha mandado ya traducida -dijo el profesor.
- ¿Y como pueden vivir sin agua y sin electricidad? Entonces no pueden cocinar, ni ver la televisión, ni jugar a la videoconsola, ni al ordenador...- opinó Natalia
- Probablemente, Natalia, si fueses a su aldea y les hablaras de todos estos aparatos electrónicos, no tendrían ni idea de lo que son. Todos los días un miembro de cada familia tiene que ir a llenar cubos de agua al pozo más cercano, que puede estar a unos 20 km de distancia que recorren a pie.- explicó el profesor.

Después de las aclaraciones de profesor todos los niños se pusieron a reflexionar sobre la suerte que tenían al poder recibir una educación de calidad, y que aunque a pesar de que está estipulado en la Declaración de los Derechos de los Niños muchos no tienen esa suerte. La conclusión que sacaron fue que aparte de enseñar a los niños a leer, escribir, sumar, restar... todos los niños y niñas debían ser educados en la comprensión, la amistad, la paz y la fraternidad universal.

Cuando Fatuo creció, consiguió aprobar sus estudios con buena nota, y después se dedicó a enseñar a otros niños y niñas. Años más tarde creó un organización dedicada a construir escuelas para que todos los niños pudieran recibir una educación y acabar con la explotación infantil.



Fatuo



Asfixiaba el polvo levantado por el escuálido ganado en su paso por la extensa y seca llanura, bajo el sol abrasador del mediodía. Los dos pequeños zimbawueses: Tor y Yen caminaban lentamente con ojos tristes y apagados esperando llegar al final de su recorrido diario de pobreza y miseria para buscar el agua que permitiera sobrevivir a esta aldea y su ganado .

—Si tuviéramos algo que nos facilitara el poder sacar agua de nuestra tierra pensó Tor, nos evitaríamos esto todos los días.

—! Sería alucinante!, pero,¿ como podríamos conseguirlo? respondió Yen

Tor se acercó al oído de Yen y sigilosamente le dijo:

—Cruzando el llano he oído que hay alguien que nos puede ayudar, no son de aquí y parecen “hechiceros”, saben hacer casas, construir hoyos por los que sale el agua de la tierra.

— ¿Pero quien puede hacer algo así?, ¿donde lo has oído?, no nos dejen cruzar el llano.-Dijo Yen

Pero la idea de tener una vida mas fácil no se les podía ir de la cabeza y comenzaron a planificar la huida a lo que ellos creían podía ser su salvación.

Los dos amigos emprendieron el viaje con la ilusión en sus caras esperando encontrar a los hechiceros que les pudieran ayudar ; pasaron llanuras áridas y secas descansando bajo las copas de los escasos árboles que encontraban a su paso.Cansados y fatigados pudieron después de días de viaje ver a lo lejos a gente cultivando trigo y niños corriendo y divirtiéndose como a ellos les hubiera gustado hacer.

Fueron amables y cariñosos en su recibimiento , y tras reponerse del duro viaje reencontraron la ilusión que tanto buscaban , al ver que habían encontrado algo mejor y podía dar un estímulo a sus pobres vidas.

Fueron días de ensueño y pudieron descubrir por fin a los hechiceros que les ayudarían.

Eran personas como ellos , solo un cambio de color de la piel les distinguía pero se recubrían de un halo de respeto y de admiración que causaba fascinación.Les revelaron su secreto _ ¡no eran hechiceros! Sino que les llevaron a una pieza de la casa que habitaban y les mostraron de donde provenían sus conocimientos : eran LIBROS, algo que Tor y Yen no sabían lo que eran ni entendían .

Al día siguiente acudieron a una zona que llamaban “escuela” que nunca habían visto y donde vieron a niños que tocaban y comprendían lo que los libros decían.Eran niños alegres , nada parecido a sus amigos del poblado cansados de tanto trabajo; a su alrededor vieron como había gente organizada de manera que el trabajo era mas fácil, construían casas , se sacaba agua de la tierra con pozos y se fabricaba todo tipo de artilugios.

El sueño era realidad y ellos habían conseguido el secreto y mejorar sus vidas y las de todos los que les rodeaban, partirían rápidamente para su aldea con su mejor secreto: LIBROS.



Mi nombre es Nubet, tengo ocho años y soy Saharaui, vivo en el Desierto y no sé muy bien porque vivo allí, debe ser que el Gobierno de Marruecos no nos quiere en su país o algo así, como me ha contado mi tía. Vivo con ella todo el año, menos en verano que me mandan a otro país, España, con mi mejor amiga que se llama Marta, voy a España desde hace tres años, haber si me lo paso tan bien como los últimos y olvido lo mal que lo pasamos algunas veces en el Sahara. También tengo un profesor que me enseña a leer y a escribir porque donde yo vivo, en mi colegio donde voy, aprendo lentamente, faltan pupitres, cuadernos, lápices para colorear y nos enseñan otras cosas, nos cuentan historias de lo que pasó hace mucho y no me entero de casi nada, yo quiero aprender a leer y a escribir más rápido para poder leer cuentos cuanto antes.

Ya llega el verano, casi es la hora ¡para VOLAR!, estoy deseando subirme al avión para llegar cuanto antes y bañarme en la playa, empezar las clases y ver a Marta, aunque ojala se pudiera venir mi tía conmigo. La experiencia que vivo en el avión me encanta, las mujeres con tacones y gorros en la cabeza, las azafatas, son muy majas y amables conmigo me acompañan durante todo el viaje y me ofrecen muchas cosas para jugar. Bueno ya creo que vamos a aterrizar, estoy deseando de ver a Marta para jugar con ella, para que me enseñe cosas, bailemos juntas... es decir, lo que hacemos todos los veranos. Me dijo que tenía una sorpresa preparada... ¿qué será?

Llegamos a Ovideo por la tarde, allí nos esperaban todas las familias de acogida, me despedí en el aeropuerto de los amigos de allí. Buscaba a Marta y a su profesora que siempre iba con ella como su cuidadora o algo parecido. Allí están, las estoy viendo y sus padres también están, fui corriendo a darles un abrazo a cada uno Juan el padre, María la madre, Marta y un niño, un bebé a él no le conozco, se llama Alberto, Marta había tenido un hermanito. Qué bonito es. Nos montamos en el coche, vamos camino de su casa, ¡tiene piscina!

Por la mañana tengo que ir a clases para aprender a escribir y leer, tengo ganas de aprender pronto y hacer deberes, luego termino pronto, bueno hacia las doce en punto o así, a veces termino más tarde, pero los días que termino pronto me doy un baño en la piscina con Marta y su hermano pequeño, vemos un poco de tele, qué bien me lo paso. Luego como y me tendría que echar la siesta pero nunca tengo sueño, intento leer y leer pero me cuesta mucho, pienso que no pasa nada pero sí porque es necesario saber y parece una cosa tan sencilla...

Han pasado tres semanas, por la tarde voy a la playa o voy a dar un paseo y para esta noche me han dejado un vestido muy bonito pero ¿para qué tan elegante? Estoy bajando las escaleras y está todo oscuro, no parece que haya nadie, se han encendido todas las luces de repente ¡SORPRESA! Hay un gran cartel muy grande pero me cuesta leerlo, pone... ¡Felicidades Nubet! Es mi cumpleaños, nunca lo había celebrado así porque mi tía no tenía casi dinero y no había tantos regalos, espera está ¡mi tía!, fui corriendo para abrazarla, la han traído para que pase conmigo el verano, pero hay una señora que no conozco con mi tía, me la presenta es, es... ¡es mi madre! La abrazo, nunca la había visto pero, ¿porqué me dejó con mi tía?, no me lo creo está mi madre conmigo, estuve hablando con ella toda la noche, me estuvo explicando que no podía cuidarme cuando era tan pequeña y que no tenía nada de dinero para cuidar a una niña tan pequeña, entonces decidí dejarme con mi tía. Y que ha vuelto para estar conmigo.

Lo había pasado muy mal muchos años atrás, no sabía nada de la vida y las guerras de mis países... estuvimos escondidos durante muchos años, todavía lo recordaba y estaba sin mi madre, sin una madre, pero esos recuerdos ya no se pueden olvidar. Mis años fueron transcurriendo cada vez mejor, empecé una vida nueva, una vida que ya nada podría ir mal. Le debo mucho a esa familia que me enseñó tantas cosas, esa familia a la que le debo tanto, la que me ayudó a olvidar mi pasado, y a mi tía se lo debo todo y cuando digo todo es todo. Ahora que soy mayor me doy cuenta de lo importante que es la vida.

Me dieron un premio, escribí un libro sobre mi pasado, sobre todos los momentos que había vivido, ese libro me ayudó a recordar todos los malos y buenos momentos que se pueden vivir en la vida. Se lo dedico a todas aquellas personas que me han apoyado y a las que quiero tanto.

1º Premio

Patricia Lucia Romero Palermo. "Una mirada atrás"
Colegio Diocesano Cardenal Cisneros. 13 años

Hoy es uno de los días más felices de mi vida. Por fin he cumplido mi sueño, aquel que tanto deseaba: terminar la carrera que siempre me gustó, magisterio. Ahora que ya la he terminado podré dedicarme a ello y hacer que a nadie le suceda lo que me pasó a mí, bueno pero no quiero irme por las ramas. Estoy en la universidad celebrándolo con mis amigos, que son los que siempre me han apoyado y han estado ahí cuando los he necesitado. También están todos mis profesores a los que tengo gran aprecio, en especial a D. José María, al que tengo que agradecer muchos momentos de mi vida como éste; ya que ha sido él quien me ayudó a llegar hasta aquí. Ahora mismo tengo demasiadas emociones juntas como para poder expresarlas pero lo que sí puedo decir es que estoy orgulloso de mí mismo y que no me arrepiento de nada en mi vida aunque aún, no acabo de creerme todo esto. Nunca pensé poder llegar hasta aquí. Mi propósito en la vida siempre ha sido mirar al futuro y nunca hacia atrás y eso es lo que hago. Merece la pena tanto esfuerzo; la recompensa es mucho mayor. Pero ahora lo que quiero es olvidarme de todo y disfrutar de la fiesta. Sinceramente, no me esperaba que acudiesen tantos amigos pero se agradece su compañía.

Ya son las cinco de la mañana, apenas queda gente, por tanto no creo que dure mucho más la fiesta. Entre la poca gente que queda se encuentran Carlos (mi compañero de piso) y D. José María (del que ya os he hablado antes).

Acabamos de dejar al profesor en su casa y ya nos vamos a dormir; mañana me espera un largo día.

Son las nueve de la mañana, estoy bastante cansado porque apenas he dormido pero lo tengo que hacer, tengo que dar el paso, he decidido regresar a mi barrio, donde nací, donde esta toda mi familia. He tomado una decisión y lo tengo que hacer solo; prefiero que no me acompañe Carlos, tengo que contarles demasiadas cosas y quiero que sea algo más íntimo. No sé cómo van a reaccionar porque no tienen noticias mías desde hace mucho tiempo.

He tardado bastante porque no sabía que ponerme para la ocasión pero ya estoy en el coche y me dirijo hacia allí. Estoy bastante nervioso, no sé muy bien por qué, si por miedo a haberles fallado, por sí me rechazan...no lo sé. La verdad prefiero no pensarlo, solo quiero que salga todo bien y que se sientan orgullosos de mí.

Acabo de llegar, todo está como me lo imaginaba, no ha cambiado absolutamente nada. Esta es mi casa, bueno, si se le puede llamar casa. Aquí viven mis padres y mis seis hermanos.

Tras coger aire llamé a la puerta esperando una respuesta, en ese instante me pasaron mil cosas por la cabeza hasta que abrieron la puerta. Era mi madre, estaba muy emocionada y me eché a sus brazos. Me recibió con los brazos abiertos,



sabía que no se había olvidado de mí. Entré con ella de la mano y llegué al comedor; allí estaban, mi padre y mis hermanos. Me abracé a todos ellos y nos sentamos a comer. Durante la comida les conté que había acabado mi carrera, que ya podría ayudarles. De pronto vi como cambiaron sus caras, tenían los ojos iluminados y una sonrisa que no les cabía en la cara. Estaban orgullosos de mí.

Después de comer con mi familia, me retiré para dar un vuelta por el barrio y recordar los viejos tiempos. Nada más salir me dirigí hacia un lugar al que iba siempre de pequeño, una cabaña; allí era donde iba para pensar en todo lo sucedido. Seguía allí, me subí y tumbado mirando el cielo empecé a recordar toda mi vida. Aquí comienza mi historia, nací en una familia muy humilde. Mi infancia fue difícil, nos teníamos que ganar la vida con lo que encontrábamos. Yo me encargaba de cuidar a mis hermanos y no iba al colegio, no nos lo podíamos permitir ya que no teníamos ni para comer.

Siempre he sido un niño muy observador y con mucha imaginación. A todos los sitios teníamos que ir andando, pero a mí me gustaba porque veía cosas nuevas, me fijaba en todos los detalles,

carteles, pancartas... y dejaba volar mi imaginación. Como podéis suponer no sabía ni leer ni escribir pero gracias a mi gran observación poco a poco empecé a escribir mis primeras palabras.

Cuando tenía algún problema no se lo decía a nadie sino que iba a mi cabaña y lo decía en alto; era mi forma de desahogarme pero cuando empecé a escribir, todo lo que me pasaba durante el día me gustaba ir anotándolo en una especie de diario. Hasta que un día me cambió la vida por completo. Estaba con mi madre sentado en la calle, mientras ella pedía limosna yo escribía todo lo que veía en mi libreta. De pronto se puso frente a mí un hombre de aspecto duro y con una gran barba grisácea. Me dijo que debería estar en la escuela y yo le dije que no iba porque no nos lo podíamos permitir. Al recibir esa noticia aquel hombre se comprometió a enseñarme al menos lo básico (leer y escribir). Mi madre no estaba segura de fiarse de él, pero arriesgamos y salió bien. Ese hombre era D. José María, él fue el que me enseñó todo y me consiguió una plaza en su colegio. Yo me esforcé al máximo para cumplir mi objetivo: ayudar a mi familia a salir de esa situación y hacer que mis hermanos tuviesen las mismas oportunidades que yo. Todo lo que aprendía se lo enseñaba a mis hermanos y con el tiempo me dieron algún premio que otro por mi esfuerzo. Al empezar la universidad me tuve que marchar muy lejos para terminar mis estudios pero prometí a mi madre que regresaría y así lo he hecho. En todo este tiempo no me he olvidado ni un segundo de ellos.

Ahora que ya sabéis mi historia voy a regresar a casa que se me ha hecho tarde. He estado mucho tiempo lejos de ellos y siento que debo enseñarles que para crecer solo basta desecharlo de verdad.

Nadie me dijo que pasar un mes en Yibuti (un pueblecillo al este de África) tendría un gran impacto en mi vida personal, social y laboral. A decir verdad, miento: mi madre me avisó, pero en otro sentido. Cuando le dí la noticia de gastar un mes de mis vacaciones enseñando a los más desfavorecidos de África, casi le dio un vuelco al corazón de que su pequeña abandonara el nido y nada más y nada menos que para irse a un país subdesarrollado. Aún recuerdo sus palabras:

- *¿África? Allí cogerás lo que no quieras*
- *Precisamente he pedido cita para vacunarme y...*
- *Además la semana que viene... ¿a qué esperabas para decírnoslo?*
- *Amanda me lo pidió como un favor porque le fallaron dos voluntarios a última hora...*
- *Según está tu padre del corazón... ¡y tu dándole esos disgustos!*
Los jóvenes ahora sólo pensáis en vosotros mismos...
- *Sólo será un mes. Y si pensara en mi misma no haría este voluntariado...*

Una semana después partía hacia la escuela Salesiana en la que impartiría mis dotes como recién estrenada profesora.

Para cuando llegué, un hombre de unos cuarenta años, Juan Carlos, también español pero con la piel tan curtida por el moreno de haber pasado bastantes años allí como la del niño africano de pocos años de edad que también me esperaba. Para no conocernos de nada, fue muy agradable. En el trayecto con un viejo carromato tirado por un burro, me explicó el funcionamiento de la escuela. Parecía ser que sólo los más privilegiados podían acudir; no se refería a su economía familiar, sino a la cercanía de su hogar. Algunos tenían que caminar hasta dos horas de trayecto hasta llegar. Se hacía una pequeña oración en los "buenos días" (costumbre salesiana), y se les ofrecía un pequeño desayuno compuesto por pan y leche. Las clases que se ofrecían eran básicas: leer, escribir, y a los más mayores se les iba introduciendo las cuentas.

Descansé (por decirlo de alguna manera: me embargaban los nervios de enseñar correctamente a un tipo de sociedad tan distinta).

El transcurso de las clases me impresionó, eran muy distintas de las prácticas que había realizado en España. Para empezar, no tenían los medios más básicos para un buen aprendizaje. La pizarra, si se podía llamar así, era un cuadrado de un metro más o menos, con imperfecciones por todos los lados. Las mesas eran inexistentes, y las sillas hechas de madera. Los materiales personales tampoco eran mucho más exuberantes: todos poseían un cuaderno y un lápiz. Eso les duraría para unos tres o cuatro meses. La goma y sacapuntas los compartían toda la clase. Al ver esto, me puse cada vez más nerviosa; no sería tarea fácil. Sin embargo, quedé impresionada por completo: su constancia, su esfuerzo, su empeño por superarse día a día en tareas tan sencillas, me dejó anonadada. Cuando llevábamos un mes, habían avanzado enormemente con los pocos medios de los que disponían. En especial, cogí mucho cariño a una niña de ocho años, Yamira. Su caso era distinto de los demás: era la que más lejos vivía de todo, y la única a la que su padre se negaba a que viniera a la escuela. Después de que el director insistiera en que le sería beneficioso, accedió con una condición: Yamira debería realizar todas las tareas del hogar y del campo para poder ir a la escuela. Eso le suponía un gran esfuerzo: perdía tres horas en este trabajo, y dos para ir y venir. Además venía cansada, y cualquier otra niña no rendiría igual, pero ella se esforzaba como la que más e intentaba superarse día tras día. Cuando lograba aprender algo nuevo, radiaba de felicidad durante todo el día. Era sólo tres niñas en la escuela, pero a ella la tenía especial cariño. Su forma de ser hacía que se le cogiera aprecio al poco tiempo de conocerla.

El mes transcurrió volado: los juegos por las tardes me hacían olvidar la poca comida que nos podía proporcionar la escuela hogar (tres comidas al día y no bastantes para alimentar a niños en edad de crecimiento después de un duro día de trabajo y estudio), las clases amenas y educativas me llenaban como persona y profesora, el cariño que ofrecían no me lo proporcionaban ni algunos de mis amigos en España. Innumerables cosas me hacían no volver a España, pero mi voluntariado había acabado. Debía volver.

Recordaba el primer día en que llegué y le pregunté a Juan Carlos porqué había venido para hacer un voluntariado de un año, y llevaba quince. Su respuesta fue: no lo puedo explicar, pero cuando volví a España me sentía vacío, me faltaba algo. Tuve que regresar a África para terminar de llenarme... quizá no lo entiendas, tendrás que vivirlo.

El día que marché entendí bien sus palabras. En España lo echaba de menos, pero me encontraba bien. Cuando empecé el colegio en Guadalajara, llegué con más ganas de las que había ido a la escuela hogar, pero pronto se desvanecieron. Después de dos meses impartiendo clase, me preguntaba en que tipo de sitio lo hacía. Era uno de los mejores colegios privados de una



urbanización de Guadalajara, de los más afamados incluso de la región. Presumía de ser uno de los más excelentes, por tanto, de nuestra ciudad. Agotada de oír por los pasillos conversaciones tales:

- *Tío, cúrratelo y haz el trabajo de sociales, que con sólo entregarlo apruebas la evaluación.*
- *Tú eres un pringao. Para que voy a estudiar, si mi padre tiene dos empresas y me va a dejar una a mí....*

Otro día, cuando me vi obligada a suspender a un alumno por su incorrecto comportamiento, su padre acudió ese mismo día para citarse conmigo por la tarde diciendo ser tema de urgencia. Acudió con su abogado, y me pedía, más bien me exigía, que aprobara inmediatamente a su hijo, que las leyes le apoyaban.

También vi como a un alumno con una nota de bachillerato de sobresaliente suspendió la selectividad. Rápidamente sus padres acudieron a hablar con el colegio, y para sorpresa mía, el director instó al profesor de subir su nota media para que el joven pudiera realizar los estudios deseados.

A un compañero mío le agredió, no el alumno, sino el padre de éste, por recriminarle al insultar a un compañero suyo.

Al ver este comportamiento por parte de alumnos, padres y ciertos profesores me preguntaba sobre la educación en España. Después de haber tenido una experiencia tan acogedora durante el periodo de mi voluntariado, me cuestionaba que país era el más desarrollado. Intentaba seguir realizando mi trabajo fielmente, pero a veces tenía dudas de estar ejerciendo el oficio adecuado. Cuando éstas me surgían, recordaba como hay que seguir luchando porque, al igual que en África, una no muy numerosa parte de estudiantes españoles todavía seguían trabajando por su porvenir y luchando para un futuro mejor, para ellos mismos y para la sociedad.

Accesit 2

Marta González de La Fuente. "Guerra, odio y saber"

Colegio Salesiano San José

El sol, el calor, forman ya parte de su vida. Ella, con tan sólo 12 años está ya acostumbrada, a ésta vida. A tener que sobrevivir, frente al hambre y la miseria, en un poblado de Gambia, que rara vez no estaba en guerra. Se había criado en el seno de una numerosa familia, siete hermanos y unos padres que sólo intentan sacarles adelante. Su padre trabajaba día y noche, su madre sólo salía a coger agua, a diez kilómetros de casa.

A su corta edad, con la burla de sus hermanos, ella soñaba con saber, con leer, con aprender. Ya le habían dejado claro que a ello nunca llegaría, pero ella quería poder coger un lápiz y un cuaderno, y escribir algún que otro verso.

Vivía presa de una sociedad injusta, los hombres podrían formarse o llegar a ser soldados, las mujeres en cambio vivirían en el embargo de sus casas y de sus quehaceres, de sus hijos y sus deberes.

A su alrededor se mascaba la tensión, bajo la cruel mirada que se esconde en los ojos del vecino se vislumbra que en esta selva hay que pelear, hay que luchar, necesitas vencer para crecer. Por eso todo el mundo pensaba que lo importante era tener, el dinero y su dulce placer. Pero mamá le había enseñado a ver otras cosas, ella siempre decía que el alma es lo que más importa y que en este mundo cruel eso era lo que tenía que apreciar, para poder amar. Mamá también había soñado con cultivar su mente pero nunca lo intentó por miedo a qué diría la gente.

En la calle, sin embargo, sólo le rodeaba la furia, el odio y el sufrir, de un pueblo que parecía morir. Así que, así creció entre gritos de guerra, en el hambre, en la pobreza, rogándole al cielo el poder de las palabras, para hacer a la gente entender, pero aquello no llegó. Lo único que tenía era el silencio de Dios.

Él, él iba a ser como los demás chavales, se alistaría en el ejército, tenía dotes militares. Conflicto bélico con el mundo y consigo mismo. Porque nadie desde esos países de lujo daba nada por su tercer mundo. Creció y se crió entre chabolos mal hechas, entre trifulcas clandestinas y entre guerras nacionales, entre bombardeos y carros de combate.

Cuando cumplió los seis papá se fue con la malaria, no tardó en irse mamá, a los siete, con el desgarrador silbido de una bala que impactó sobre su ombligo. El hambre y la miseria a él también le acompañaban y fueron sus consejeras, pero fueron malas.

No es que fuera un niño cruel, su corazón no era de hielo, pero nadie le había aprendido otra cosa así que siempre estaba en duelo.

En el no cabían pretensiones de familia, no buscaba el amor, aquello no le servía. Había dejado atrás los juegos de niños y convencido estaba que ganaría su vida con sus propios puños. Con el tiempo se convirtió en una persona dominante, aspiraba a ser un hombre poderoso, creyó siempre que el mundo lo movía el odio.

Diecisiete años después es cuando empezó esta historia, cuando él se enamora. Nunca digas nunca dicen por ahí, así que cambio su vida, porque sí.

Ella había conseguido, hace tiempo un cuaderno, a base de trabajar para un ganadero. Varias tristes y largas jornadas, de sentirse maltratada, de creer que moriría junto a aquellas vacas. Ideo un plan para su sueño, a escondidas acudía a la escuela del pueblo. Al final de la pequeña habitación que servía de aula había un ventanuco, sin cristal y sin nada. Desde allí podía ver y oír lo que los demás niños, y trataba de escribir, con pulso tembloroso, primero cada letra y después cada palabra repitiendo los fonemas en voz baja. Su peripecia en el colegio no fue un camino de rosas, la pillaron en contadas ocasiones, la prueba palpable: una costilla rota y varios moratones. Pero a pesar de tantas amenazas y de cada golpe, acudía puntual cada mañana a su cita porque por encima de todo cumpliría su propósito. Las palabras se enlazaron y formaron oraciones, que agrupadas en párrafos contaban sensaciones.

En este punto ella se hizo mayor, al tiempo que él desfilaba por las calles de cada poblado. Portando orgulloso su primera arma se encontró con los ojos de una bella dama. Sintió en aquel momento que ella era distinta, estaba tan bonita mirando al cielo desde una silla.

Tres meses y un beso más tarde se consumó el matrimonio, después desapareció la coraza del aparente hombre bueno y comprensivo; de repente se volvió agresivo. No podía controlar aquella furia, de vez en cuando se encendía y era como un virus que lo destruía. Pillarla una tarde a escondidas con un cuaderno le hizo sentir inferior, pequeño. Aquello no podía continuar; "las mujeres no pueden hacer esas cosas, ¿entiendes? Tienes que dedicarte a la casa, a mí y a tu deberes" trataba de explicarle a gritos. Le parecía una desfachatez que ella fuera superior a él, puesto que nunca había aprendido a leer. La rabia le consumía, así que la humilla y le marca el puño en la mejilla.

Sin embargo ella se sentía realizada, pues sabía escribir cortas pero bonitas poesías en las que plasmaba sentimientos que iban y venían. Sentimientos de amor y de odio hacia un mal marido, que quizá jamás la había querido. La realidad era que ella le amaba y sintió que se marchara.



Fue una tarde de abril cuando la guerra volvió y una mañana de noviembre él regresó.

Ella partía del hogar con una jarra vacía, soportando su peso y su superficie fría. Necesitaba agua, costara lo que costara, pues tenía a tres pequeños mal criándose en casa. Pero en el horizonte una figura llamó su atención, era él, el barreño cayó al suelo y se rompió.

Venía con muletas y sin una pierna, le acompañan fuertes dolores, fiebres y temblores. A partir de aquel día su vida giró entono a aquel ser, no sabía por qué pero creía que se lo debía, todo lo hizo por él.

Curas de las heridas, un día tras otro, y paños de agua fría sobre su negra tez enfermiza. Tumbado en una cama de paja y barro sabe perfectamente que este mundo raro ya le ha abandonado. Empieza a no distinguir el eco de sus delirios y en medio de uno de estos hace a ella su confesión:

-Nunca he sido un hombre bueno, menos un buen marido, sé que no te di buena vida y que no merezco tu dedicación ni cariño. Pero quiero que sepas que era yo el equivocado, con el odio no se va a ningún lado. Que la razón la tenías: con palabras el mundo se salvaría.

Ella le sonrió al tiempo que la lágrima se escapaba; secó su sudor; acariciando su frente y miró cómo entre frágiles latidos el hombre al que dedicó sus letras se fue con su último suspiro.

Le tapó con la sabana y se sentó a su lado, iba a recuperar todo su pasado. Escribió y escribió los más largos y bonitos versos, en memoria de aquel hombre castigado por el fuego. El fuego de una guerra que no tenía sentido, pero que se llevó a su marido. Ahora aquellas líneas están aquí en tus manos, contándote las guerras que sufrió aquel corazón: la de una vida dura y difícil de llevar y la de su deseo de hacer de las letras su arma para ganar.

Accesit 3

Javier Calderari Torres. "Reflexiones junto al fuego"

Colegio Salesiano San José

Pedro Ramirez Gacia

Esto era todo lo que era capaz de escribir, y ni tan siquiera sabía interpretarlo. Estas tres palabras, que no eran más que su propio nombre, su identidad. No sabía leer ni escribir, pero la vida le había exigido aprender a plasmarse a sí mismo en un papel. Gajes del oficio: a todos nos toca firmar un recibo tarde o temprano. Aun así, el tiempo le había hecho olvidar la caligrafía de estos tres malditos nombres, y ni tan siquiera hoy estaba seguro de que los escribiera correctamente.

La "pe" con la "e" hace "pe", y con la "de" y la... ¿"efe"? ¿o era la "erre"? Porque... claro, la "erre" suena como guitarra, pero entonces... ¡Pedro no podía llevar "erre"!

Lo había intentado miles de veces, pero siempre acababa igual. Si no alcanzaba a leer su propio apellido, ¿cómo iba a saber si lo había escrito bien? Ése era el momento en el que mojaba el papel. Volvía a ver la luz la lágrima fácil, que le hacía darse cuenta de que durante toda su vida había sido un completo ignorante. Puede que no fuera así, pero desde luego, así era como él se sentía.

Con ochenta y cinco años y una salud bastante precaria, no podía esperar mucho más de la vida. Consuelo pasó a mejor vida hace más de cinco años y desde entonces

no había vuelto a levantar cabeza. Constantemente hacía memoria y repasaba sus pasos. Siempre intentó ser buena persona y pensaba que había sido un hombre feliz, a pesar de que la vida nunca lo hubiera tratado bien. Si de algo se lamentaba, era de ser un completo analfabeto. Y comenzó a recordar.

Frisaba los siete años y se veía feliz. Pronto acabaría el verano y por fin podría ir a la escuela. Llevaba varios días sin dormir porque había estado pensando en ello. Allí se encontraría con algunos de los chavales del pueblo, jugaría en el patio, aprendería miles de cosas...

Pero Pedro, espabila y piensa que eres el hermano mayor y que debes ayudar a papá, que las ovejas no se crían solas y la leche no cae de los árboles.

El 18 de Agosto, por desgracia, llegó. Ese día Pedrito cumplía los siete años, y con esas edades ya no eres tan niño, ¿no crees? Desde hoy tendrás que ayudar con el ganado y con las viñas, así que despierta, que hoy toca trabajar. Papá intentó animarlo con un pequeño cabrito que le entregó como regalo, pero en esas circunstancias, ni la mirada del pequeño Lucero podría alegrarle el día.

Desde entonces, su vida se convirtió en rutina. A las cinco arriba, que toca



ordeñar las vacas y las cabras. Cuando termines puedes venir a la cocina, que mamá te deja preparadas las gachas y el pan para que desayunes, que necesitarás fuerzas para poder trabajar. El desayuno era sin lugar a dudas el mejor momento del día y saboreaba cada miga de pan como si se tratara del mejor caviar iraní. Pero recuerda que, en cuanto termines, te toca coger la yunta y las mulas, que hay arar las tierras.

Este ritual se repitió todos los días de su vida, incluso fiestas de guardar. Cada mañana, cuando marchaba con las mulas y veía a los chiquillos con sus carteritas en la mano se le encogía el alma. Pero para que ese muchacho algún día fuera uno de sus hermanos él debería seguir sacrificándose, y eso significaba seguir despertándose cada día a las cinco de la mañana para cuidar del ganado.

Y así, la vida fue pasando con mucha prisa. Manolo tampoco se libró del trabajo en el campo, pero al menos Ismael pudo ir al colegio, y sólo por eso, el sacrificio de tantos años había valido la pena.

Tras estas reflexiones, su espíritu volvía de nuevo al salón de casa. La chimenea siempre encendida, que no veas tú cómo ha venido este invierno. Se sentía impotente al ver lo que un día pudo haber sido su nombre y que para él era un mero garabato. Pero en ese momento, su cara esbozó una minúscula sonrisa. Le pareció haber percibido el olor de las gachas.

Marta Bermejo Oliver: "Cuadernillos de escritura" Colegio Salesiano San José



Puede que en nuestra realidad, en nuestro día a día, no nos demos cuenta de una serie de detalles. No son detalles imperceptibles o rebuscados, son hechos cotidianos para nosotros, escenas de las que somos testigos con mayor o menor frecuencia.

Sobre cierta edad, suelen ser los 5 ó 6 años, los niños llegan a sus casas con sus cuadernillos de escritura bajo el brazo y muestran orgullosos a sus padres los trazos de colores que han hecho sobre una línea discontinua de puntos. Puede que se les haya dado mejor o peor que a sus compañeros seguir la línea, puede que en ocasiones cuando empiezan se les olvide el sonido que produce cierta consonante al unirse a cierta vocal, puede que después de haber repetido la misma letra cientos de veces se equivoquen y la escriban del revés. Todo esto puede ocurrirles o no, pero una cosa es segura: todos estos niños, con los que probablemente te sientas identificado, cuentan con la ayuda de un adulto al que no le supone ningún problema corregirles o enseñarles, porque estos niños dan por sentado que tanto sus padres, hermanos mayores y profesores han pasado por lo mismo que ellos y lo han conseguido, ahora saben leer y escribir.

Quién de pequeño no ha sentido admiración por la velocidad con la que el bolígrafo del médico rasga la hoja, o por la redondita letra de mamá con la que escribe la lista de la compra... Cuando estás aprendiendo a leer y escribir no hay papel que permanezca tranquilo sobre una mesa, ni cartel de la calle que pueda esconderse a tu

avidez lectora y, por supuesto, tu mayor aspiración es pasar de lápiz a boli ¡cómo los mayores!

Volviendo al principio. Esta es nuestra realidad, nuestro día a día, hechos cotidianos para nosotros. Nunca se nos ocurre pensar en los otros, en esa minoría de aproximadamente 774 millones de personas a las que se las ha negado el placer de escribir y la satisfacción de leer y con ello la posibilidad de progresar. Los niños de estos 774 millones de personas no pueden preguntar a sus padres dudas porque también sus padres pertenecen a estos 774 millones de personas analfabetas. No disponen de la escritura como instrumento para plasmar sus ideas que posiblemente son muchas. Ni disfrutan de la sensación de escribir su nombre ni el de personas cercanas a ellos. Tampoco sus padres pueden leerles un cuento antes de acostarse. Y pensar que los jóvenes de nuestro entorno se alejan de los libros como si estos fueran a atacarles...

David Burgos Rodríguez

“Diario que jamás será escrito”

Colegio Salesiano San José



Hoy han vuelto a venir los hombres europeos que nos traen de vez en cuando comida o ropa, para decirnos que una pareja de su país ha apostado por nuestro futuro y nos querían pagar la escolarización, pero sólo podían escoger a seis personas. Yo no he sido elegido para ello, por ser más mayor y más útil en nuestra pequeña comunidad, y aunque soñaré cada día con que me elegían para enseñarme a leer y escribir, me he alegrado enormemente por mis compañeros de juegos y por mi hermano pequeño, que sí ha ido. Tras ver como se iban en esos grandes coches hasta desaparecer en la sabana, me he quedado pensando en todas las veces que me han hablado de la gente rica, y me he preguntado ¿Cuánto le costaría a esas personas pagarnos unos estudios suficientes para dejar de ser analfabetos? Poco... Les bastaría con renunciar una vez a la semana a la compra de esa comida que se dejan en el plato y termina en sus vertederos, o ese vestido que no necesitan y que ni siquiera usarán, o un par de paquetes de tabaco que consume sus vidas lentamente... Puede que ellos puedan desperdiciar ese dinero, pero en nuestra situación no sería malgastado... Mas supongo que nunca se darán cuenta de ello porque jamás me verán en sus televisores promocionando escuelas, mucho más baratas y beneficiosas para ellos y para todos que sus perfumes o sus pantalones de precios desmesurados, o ni siquiera leerán una carta de mi mano, ya que nunca aprenderé a transcribir mis pensamientos, y obviamente no sabrán de la existencia de esta página de mi diario, porque nunca será escrito.

Marta García Alonso. “En la piel de otra persona”

Colegio Salesiano San José



Un día cualquiera, te levantas de tu cama, te vistes, desayunas y sales de tu casa para ir al trabajo. Te fijas en un cartel muy llamativo que habitualmente te hace gracia pero, desgraciadamente, hoy no. Y no te hace gracia porque no entiendes lo que pone, porque sin saber por qué, hoy no sabes leer. Te pones nervioso, te preguntas: “qué me ha pasado”. Y no obtienes respuesta.

Sigues andando por la calle, coges el metro de siempre y paras en la estación más cercana a tu trabajo. El nudo de la corbata se te antoja una soga imposible de cortar. Te encuentras en medio de la oscuridad, las dudas se apoderan de ti, no sabes si es verdad lo que has vivido hace unos instantes... Por este motivo pruebas con el letrero de tu empresa y te das cuenta de que sigues sin saber leer.

Los nervios no sólo se apoderan de ti. Te pellizcas el brazo, la cara... Cierras los ojos y los vuelves a abrir esperando encontrar el techo de tu habitación. Lo último que quieres ver es esa horrorosa puerta en la que trabajas; pero es lo único que encuentras ante ti.

Tus compañeros comienzan a entrar y tú con ellos. Mientras el ascensor se eleva a gran velocidad, tu cabeza parece retroceder. Tu mesa no parece la misma y el ordenador es una máquina imposible.

“Necesito un psicólogo” —es lo primero en que piensas. “Esto no me puede estar pasando a mí”. En ese mismo instante te acuerdas del deseo que pediste ayer, el maldito deseo que nunca pensaste que se cumpliera, el deseo de estar en la piel de un analfabeto para poder realizar mejor el reportaje que tu jefe te venía pidiendo desde hace meses.



Tu cara palidece por momentos, se vuelve de un color blanquecino que casi da miedo ver. Necesitas aire y corres a la ventana. Aspiras todo el oxígeno posible. Y te empiezas a encontrar mejor.

Tu secretaria te deja una pila de documentos que tienes que ordenar. “Pronto se acaba lo bueno”. Te pones nervioso. Te pide una firma. Te acercas y ves el bolígrafo y el documento. Necesitas un milagro, coges el bolígrafo con gran esfuerzo. El sudor es un gran enemigo. La mano te tiembla.

– ¡Le ocurre algo jefe?

Oyes una voz, la voz de tu secretaria. No puedes contestar, sientes la boca seca del pánico, del miedo a no saber, a no poder escribir... Lo intentas, pero no puedes, no sabes. Tu secretaria te mira de forma extraña, tú quisieras que te tragara la tierra.

– Necesito ir al médico, me encuentro mal – argumentas para poder salir de allí lo más rápido posible.

Vuelves a la calle y sientes un gran alivio. Huyes de todo aquello que pueda requerir saber leer o escribir. Intentas tranquilizarte en vano, no puedes, es imposible.

Tan solo piensas y te das cuenta de los muchos problemas que te puede causar no saber leer o escribir y pides un deseo como el de ayer. “¡Quiero volver a ser yo!”. Te ríes, no entiendes cómo pudiste haber pedido tal deseo y no otro. Sigues pensando, sólo puedes pensar en todo lo que perderías si no pudieses volver a leer y escribir... ¡El trabajo! Todas las facturas quedarían sin pagar.

De repente, todo se oscurece...

Pi, pi, pi...

Los parpados se abren poco a poco. No puedes abrirlos del todo. Un dolor puntiagudo te taladra la cabeza. Dónde estoy... No reconoces la habitación, parece de un hospital. Empiezas a recordar y, al instante, te pones tenso. Buscas un cartelito, algo que poder leer y lo encuentras, enfrente, bien grande, PROHIBIDO FUMAR. Respiras acompasadamente, vuelves a ser tú y te invade una sensación de felicidad plena, pese a lo paradójico que es estar en la cama de un hospital... “¡Sé leer!”.

Un doctor entra y te cuenta lo sucedido. Oyes vagamente que te has dado un golpe y que te quedaste sin conocimiento, que te mareaste por falta de riego al cerebro y que esto te provocó una embolia con daños perjudiciales en el cerebro.

Pero eso no me quitaba la sonrisa de la cara, me recuperaría y, sobre todo, sabía leer.

Desde entonces no he dejado de colaborar con personas que no tuvieron la oportunidad de aprender algo que la mayoría consideramos, hoy en día, en nuestro mundo occidental y *primermundista*, tan básico, como saber leer y escribir.



Lidia, lidia, lidia.... No me cansaba de escribirlo. Esas 5 letras fue lo primero que aprendí, revelaban mi nombre, mi identidad, mi personalidad.

Siempre soñaba con llegar algún día a saber leer y expresarme de manera escrita y no ser una analfabeta.

Padre solo dejó a mi hermano Kualim ir a la escuela decía que Sarai y yo no necesitábamos entender de eso, que eso solo lo necesitarían los hombres para hacer negocios, sin embargo a mi me encantaba el mundo de los libros. Siempre que padre iba al mercado de Kahalam yo me sentaba bajo el árbol cercano a casa y ojeaba los libros de mi hermano como si entendiera algo, su aroma, su tacto seco, sus páginas amarillentas tenían algo que me atraía. Cogí como costumbre el ir siempre en el mismo lugar evadirme entre esa cantidad de símbolos sin sentido para mí, lo que me podía transmitir aquello no tenía ni comparación al efecto del pegamento que madre nos daba cuando teníamos hambre, los libros no me mareaban y me hacía sentirme feliz. Kualim leía en voz alta cerca de los pucheros para poder ver con la luz del fuego que los calentaba y yo siempre cautelosa de que no me vieran me ponía detrás de la puerta mientras cosía para escuchar las maravillosas historias que dentro escondían. Un día estando sentada en mi rincón del patio favorito apareció un hombre con un color de piel pálido, vestido de blanco y llevaba en su cuello colgado una especie de aspa con un hombre muerto clavado en ella. Al principio me asusté de él, me dio miedo aquel collar, pensé que era un hombre malo, uno de la tribu de al lado que se llevaron a mi hermana Kalá y volvió con un niño en la barriga, dormida sobre una camilla tapada con una manta negra, siempre me pregunté que fue lo que la pasó, mamá dice que se fue a un hospital mejor que el que tenemos aquí en el Congo, pero llora cuando lo recuerda, en fin cosas de mayores como dice Sarai.

Aquel hombre dijo que era misionero, y según me iba hablando saco del bolsillo una tableta de chocolate, siempre que iba con mi padre a la capital veíamos tiendas con chocolate pero papá decía que era muy caro así que me quedaba embelesada mirando desde el cristal y aspirando el olor que transmitía la tienda. Cuando agarré un trozo y me lo metí en la boca creí que era el día más feliz de mi vida, el hombre me dio un beso y me dijo que se llamaba Anselmo, me preguntó si sabía leer al ver la cantidad de libros a mi alrededor. Yo cambie rápidamente mi cara de felicidad y contesté un no con tono triston, entonces él me dijo que me enseñaría yo casi sin llegar a creérmelo le abracé manchándole sin querer su ropa de chocolate derretido que tenía en las manos, Anselmo se rió al ver mi cara de susto por ensuciarle la ropa, él me despeino de manera graciosa y me llamó bichejo.

Yo fui corriendo a la cabaña y nada más entrar le pregunté a padre que si podía ir a la escuela, él rio y me dijo que jamás una mujer de su casa aprendería en una escuela. Yo le insistí mucho y al final él cansado de escuchar mis suplicas me dejó ir un día para probarla. Al día siguiente fui a clase del padre Anselmo con un trozo de carbón y dos hojas del cuaderno de mi hermano dispuesta a aprender. Aquel día el padre nos enseñó las vocales A, E, I, O, U supe pronunciarlas correctamente y escribirlas en mayúsculas y en minúsculas. Cuando llegue a casa papá me vio tan contenta que me dejó ir más días, así supe escribir mi nombre, el nombre de mi hermano, de mi hermana... Un día yendo a la escuela del padre sentí un fuerte golpe en la cabeza y desperté en esta sala húmeda llevo días encerrada, llevo días esperando a que alguien me explique que hago aquí. Solo oigo que hablan de guerra y veo pasar botas de militares por la rendija de esta oscura sala, dicen de atacar contra los hutus, mi gente, mi poblado... yo solo quiero saber que madre, padre, Kualim y Sarai estén bien, cada noche rezó un padre nuestro por ellos ya que ahora creo en Jesús, ya no tengo miedo aquella cruz. Anselmo dice que él dio su vida por nosotros muriendo en ella, es un hombre valiente ese tal Jesús, por eso yo no temo por lo que me pasó pero si no llego a salir de este lugar me gustaría que supiera el padre Anselmo que he sido feliz hasta con estas últimas palabras escritas, todo gracias a él, que ayudo a cumplir el sueño de una niña que por haber nacido precisamente niña jamás imagino que su deseo se cumpliera. Viene un hombre a la habitación he de parar de escribir para que no lo vea y lo rompa como otras notas. Adiós.

Angel J. Gonzalo Tobajas. "Prólogo"

Profesor de Literatura del Colegio Salesiano

Qué poco valen las cosas cuando se tienen y cuánto se daría por recobrarlas cuando se han perdido definitivamente. Cuánto cambiaríamos los hombres si supiésemos lo que el destino nos arrancará sin previo aviso. Cuánta nada llena el vacío de quien convive día tras día con su mala conciencia y cuántas cadenas de pena arrastra su alma cada noche, en cada una de sus pesadillas...

Han pasado casi tres años desde que me ofreciste por última vez *tu punto de apoyo para cambiar el mundo* y ojalá nunca hubiese tardado tanto en darme cuenta de la sabiduría infinita que encerraban tus iletrados labios. Ojalá hubiese creado, y creído, en ese mundo que tus mundos demandaban... ¡Ojalá! Y así, en este instante, no tendría que anhelar nada más que otra de tus sonrisas triunfales después de acunar con tus cantos y tus cuentos a Sherezade. Ojalá mil y una veces te hubiese escuchado y no sólo oído, ojalá me hubiese quitado la careta de macho para ser más hombre, ojalá no tuviese tantos "ojalás" ahogados en tinta seca y volviese a escuchar uno solo, ese ojalá que nunca escribiste pero que contabas como nadie, ese ojalá tuyo con alas de infinito que encadené a mis miedos y sólo la muerte ha permitido ver volar.

Pero qué poco valen las cosas cuando se tienen...

Más de mil y una noches creaste y recreaste los sueños de las noches de una niña que hoy sigue escuchando tus relatos, sí, tus mil y un relatos, pero de una voz tan distinta... Aquellas quimeras que tan única te hacían serán la única herencia que podré transmitirle a nuestra pequeña Sherezade, el resto de tu legado es tan evidente que se me hace inevitable pensar en esa mujer del cuento que al morir se reencarnaba en la sombra de su hija, ¿lo recuerdas, verdad? ¡Es tan parecida a ti!...

... y cuánto se daría por recobrarlas...

Me encantaría que pudieses disfrutar de ella aquí y ahora. Daría lo que fuese por tenerte aquí, tan lejos de nuestro país, y ahora, ante un nuevo mundo de posibilidades y ante este nuevo yo, para poder pedirte mil y una veces perdón... Tú sabes cuántos sueños han tornado pesadillas tus silencios, tú sabes lo mucho que lo sentí, lo siento y lo sentiré... Sí, lo sabes y sé que me has perdonado, tú siempre lo hacías... Y no supe valorarte hasta que tus ojos se cerraron para no abrirse más...

... cuando se han perdido definitivamente.

He cambiado, bien lo sabes, el Yakubu que sufriste ya no existe, aquí y ahora soy Jacobo, un Jacobo que nunca se podrá perdonar no haberte permitido asistir a esos talleres de los que me hablaste...

¡Qué bien se te daba contar cuentos!, ¿y cantar? ¡Tu voz era prodigiosa! Y yo sólo supe sentirme celoso guardián de tan excelso tesoro. Tú sólo pedías un poco de agua y yo *malentendí* que anhelabas el mar. Aprender a leer y escribir, poder immortalizar esos preciosos cuentos que fluían en tu mente... ¿Sólo eso? -Sí, estúpido, ¡sólo eso!- Y tuviste que dejarnos para que fuese capaz de descomponer mis *mal-entendimientos* y recomponer mi mente.

*¡Cuánta nada llena el vacío de quien convive
día y noche
con su mala conciencia!*



Si hubieses sabido lo que ponía en esa inscripción... ¡Nunca me lo perdonaré! Viviré el resto de mis días con esa culpa, merecida culpa pues era yo el que te negaba, el que te impedía asistir a esos talleres... ¿Sabes?, nuestra Sherezade lee todo lo que ve, cada cartel, cada señal, cada objeto que cae en sus manos, todo, lo lee todo... ¡Qué orgullosa estarías!... Al principio silabeaba con una cándida musicalidad que nunca podré borrar de mi memoria, pero ya lo hace de carrerilla, y no es porque sea su padre, pero lo hace muy bien; además, el español suena tan bien en esa voz tan tuya...

*... mas nada llena el vacío
de quién convive
con su mala conciencia
día a día
nada a nada
envasada al vacío
al infinito vacío.*

Cuánto vacío y cuánta nada dejamos atrás, y cuánto me queda todavía... Cuántas historias de vida y de muerte podría contar desde que salimos de nuestro país y qué mal lo haría... En cambio tú, tú sí que sabrías. Tus relatos se tatuaban en el alma y este libro no hace otra cosa que dar fe de ello. Nuestra historia personal reside en el fruto de tu vientre y por ella y para ella escribo tus cuentos y tus canciones de noche, así nunca se perderán y cumpliré, en parte, lo que tanto anhelaste. Tus infinitas alas no pueden permanecer encadenadas a mí, deben volar; ¡He tardado tanto en comprenderlo! No dejé que volases en vida, pero tampoco puedo dejar que esas sublimes plumas se anquilosen y no sirvan para cubrir a nuestra hija y a miles de hijas que también quieren volar con ellas. Asimismo, este prólogo va dirigido a *hombres-cadena* que, como yo, alienamos a nuestras compañeras y limitamos, ignorantes, sus infinitudes. ¡Romped vuestras cadenas! ¡Dejadlas volar y volaréis con ellas!

Con estas palabras finaliza el prólogo al libro
De Sherezade a Sherezade: mil y un cuentos,

Marta Paloma Vivanco Sánchez. “*Sigue luchando*” Colegio Salesiano San José



Me llamo Olalla, tengo quince años, vivo con mi madre y con mis tres hermanos de doce, seis y tres años. El mayor cuida a los otros dos ya que mi madre y yo no estamos en casa. Ella se levanta temprano para ir a recoger agua al río que está a dos kilómetros de aquí. Mi padre murió de una enfermedad cuando éramos pequeños.

Yo, voy a una escuela de chicas entre doce y dieciocho años. Allí nos enseñan labores de casa y también a leer, escribir, sumar, restar, multiplicar... Mi madre tuvo la posibilidad de elegir entre mandarme al colegio o no; la estoy muy agradecida de su elección.

Hoy viene Yusu a mi casa. Ella tiene que trabajar en su casa ayudando a su madre. Por eso, yo la enseño lo que aprendo cada día en la escuela, pero sin que su familia se entere porque ellos piensan que la mujer se debe quedar en casa. Ella se siente feliz porque la gusta pero a la vez tiene miedo porque cree que no debería hacerlo.

Pasan los años y... ¡ya tengo dieciocho! Cuando termine los estudios en la escuela, puedo ir a la ciudad a estudiar a la Universidad. Pero cuesta dinero y por las tardes me dedico a recolectar maíz y luego venderlo. Todo el dinero que vaya sacando, va ser para mi futuro porque quiero hacer una carrera.

Me gustaría ser profesora y mi madre me apoya porque a ella le hubiese gustado estudiar y poder trabajar en la enseñanza. Ella observa cómo le doy clases a Yusu y luego me dice que lo he hecho muy bien, que tengo mucha paciencia.

El modelo que tengo a seguir para mis estudios es mi profesora Naya. Cuando no entendemos algo, nos lo explica despacio para que nos enteremos. No se suele enfadar mucho pero también es cierto que nos portamos bastante bien. La mayoría de las que estamos en mi clase queremos ser como ella. Cuando nos oye diciendo lo que queremos estudiar, siempre nos dice que debemos estudiar mucho. Yo lo intento y soy una de las mejores de la clase.

Por fin llega el día. He acabado mis estudios en la escuela con buenos resultados. Debido a esto, me han dado una ayuda para pagarme la Universidad.

Mi madre llora de alegría y mis hermanos sonríen. No saben muy bien lo que significa porque son pequeños, pero al verme feliz, ellos también se ponen contentos. En este momento, me acuerdo de mi padre. ¿Qué pensaría si estuviese aquí? ¿Le gustaría? ¿Se sentiría orgulloso?...No sé, pero seguro que diría que su hija es una luchadora.

Llega mi primer día de Universidad. Me he levantado pronto porque sólo hay un autobús que va a la ciudad y como estoy a veinte kilómetros de ella, prefiero levantarme pronto a ir andando. Aquí es donde más se pude ver la diferencia entre ricos y

pobres. En mi aldea no, porque todos vestimos de una misma forma y no es que tengamos mucho dinero. Hoy me he puesto un vestido que tenía mi madre para ocasiones especiales.

¡Jo! ¡Añoro la escuela! ¡Qué distinto es todo! ¡Quiero que vuelva Naya! Aquí el profesor llega, da la lección y se va. Esto hace que debamos esforzarnos y trabajar mucho más.

Pasan los días, los años... Yo cada vez estoy más contenta y más cerca de llegar a ser maestra. Esto es porque he estudiado mucho y muy duro. Con Yúsu he perdido contacto desde que empecé la Universidad y me acuerdo mucho de ella.

Por fin llega el día de la graduación. Mis hermanos son más mayores, entiendo que lo que he conseguido es muy importante. Pero la que más orgullosa y emocionada está, es mi madre. Me acerco a ella, la abrazo y me susurra al oído: "Hija, sigue luchando, te quiero". En ese momento rompo a llorar. Sé que siempre la voy a tener ahí.

Dicen mi nombre, recojo el diploma y, de repente, empiezo a ver borroso, me mareo, ya no veo, me caigo.

Despierto. ¿qué hago en mi cama? Me levanto y me miro al espejo. Pero... ¿dónde está la chica de veintitrés años? Se abre la puerta y entra mi madre. ¡Qué joven que está! La pregunto:

-Mamá, ¿cuántos años tengo?

-Quince, hija mía.

-Pero... ¿y la Universidad? ¿y el diploma?

-Cariño ¡qué dices! A la Universidad irán tus hermanos cuando sean mayores.

-Y... ¿yo?

-Mi niña. Yo también quise pero sabes que las mujeres no podemos estudiar. Tenemos que quedarnos en casa. Anda hija sigue durmiendo que has tenido una pesadilla.

No, no podía ser. Nada había ocurrido, pero no había sido una pesadilla sino un sueño, el mejor de mi vida. ¿Por qué me había despertado? Adiós escuela, adiós Universidad, adiós ser profesora.

Esto me ha servido para darme cuenta de la realidad y para tener presente el consejo que mi madre me dijo en sueños y... seguiré luchando.

Por todas las niñas que no puedan ir a la escuela porque su gobierno no lo permite y aunque tenga que trabajar en el campo junto con las otras niñas, yo... seguiré luchando.

Quizá para mí sólo ha sido un sueño muy bonito pero a lo mejor, dentro de unos años, para las niñas, será una realidad.

Andrea Sánchez Ongil. "Diario de Anni Lorak"

Colegio Salesiano San José

5 de octubre de 1989

Está ya casi gastado mi lapicero. Mi hermano, Alakob, lo encontró en un cubo de basura, uno de los días que fue a rebuscar. Él dice que los ricachones no valoran nada y que son unos egoístas. Dice que lo desprecian todo.

Cada día trae muchas cosas de la basura: cartones de huevos, cajas, plásticos y latas, y las vende para conseguir dinero. A veces también coge restos de comida para nosotros, muebles, cuchillas de afeitar, ropa, juguetes viejos que arregla y me regala después... ¡con sólo once años! ¡es tan bueno!

Por cierto, yo me llamo Anni y tengo ocho años. Voy a dejar de escribir porque viene mi padre y me regaña. Buenas noches

6 de octubre de 1989

Esta mañana mi madre se ha ido a coger agua y no volverá hasta la hora de comer y mi kñghermano también ha salido temprano a trabajar. Pobrecito, él, que puede ir al colegio no va porque tiene que ayudar a traer dinero a casa... Ojalá yo pudiera ir al cole...

Mi mamá tampoco fue porque las chicas no pueden, no sabe ni leer ni escribir, y Alakob tampoco. Mi padre no lo se, creo que sí, pero nunca tuvo tiempo de enseñarme así que he aprendido sola. Para aprender, iba por las calles apuntando en mi libreta lo que veía en los carteles de la calle. Luego iba a los señores de la calle y les decía que me lo leyeran y con un trozo de tizón practicaba las letras en el suelo de la calle. Me voy a la cama, ¡adiós!

7 de octubre de 1989

Son las tres de la mañana y mi madre acaba de venir a trabajar. Yo no se muy bien en qué trabaja, pero a mi padre no le gusta mucho. Dice que es una vergüenza que haya mujeres que trabajen en eso, pero mi madre dice que si no, no hay comida en la mesa, así que mi padre no rechista. Que sueño... buenas noches.



9 de octubre de 1989

Ayer no escribí porque mi padre me castigó. Me vió leyendo un cuento y me dijo que eso es cosa de hombres, que las mujeres limpian la casa y cuidan a los hijos. Pero yo quiero aprender y no me dejan. Yo creo que los libros son de todos y que si quiero leer pues leo. Pero no quiero que mi padre me pegue otra vez ni que mi madre lllore.

10 de octubre de 1989

He perdido un zapato cuando he ido a los vertederos hoy y mi padre me ha dicho que no me puede comprar otros nuevos porque no podemos gastar dinero. A mi me ha dado mucha pena, aunque mis zapatos no eran bonitos, eran los únicos que tenía. Alakob me ha hecho unas sandalias con unos retales y un trozo de cartón y por lo menos no voy descalza.

11 de octubre de 1989

Hoy hemos ido al hospital porque mi padre dice que mi madre se ha caído y se ha golpeado la cabeza. Mi hermano dice que es mentira, pero no se lo que pasa. Dice que se va a ir de casa. No entiendo nada. He oído algo de que mi madre está muy malita y pierde sangre pero no se lo que tienen que hacerle, nadie me lo explica. Hace un rato que mi padre se ha ido a hablar con un doctor que le ha dicho que no tiene seguridad social y no pueden hacer nada. ¿nada de qué? ¿la seguridad social es un guardia amigable? Que lío...

12 de octubre de 1989

Mi madre se ha ido de viaje me ha dicho mi padre pero yo no me lo creo porque me ha dicho Alakob que no le crea nada, que es malo y que no soportaba que mamá sirviera a otros hombres. Yo creo que un poco malo si que es porque no dejarme leer... yo no quiero ser una "alfabeta" de esas... yo quiero ver a mi madre porque la hecho de menos pero mi padre dice que no va a volver porque se ha ido muy lejos.

13 de octubre de 1988

Hoy he ido a mirar por la ventana de la escuela a los niños estudiando. ¡Qué cosas tan bonitas estudiaban! Geometría, lenguaje, álgebra, historia... a mi también me gustaría saber tantas cosas. Lo malo es que un amigo de mi padre que es vendedor por las calles me ha visto y se lo ha dicho, y espero que no se enfade mucho...

26 de noviembre de 1989

Por Alakob:

Mi hermana Anni entró en coma ese mismo 13 de octubre porque el desalmado de mi padre le pegó una paliza. Yo no lo he podido soportar y me he ido de casa. Espero que Anni me perdone por no ir a verla al hospital. De momento, nadie ha denunciado a mi padre, que es un desgraciado y yo no puedo hacerlo, tengo miedo de que también me mate, como le pasó a mi madre. Lo siento tanto por Anni, mi hermanita... es tan pequeña y con un corazón tan grande... me ha enseñado tantas cosas que sería imposible empearlas a contar ahora.

Pensé en lo que me decía de estudiar y me decidí. He estado aprendiendo a leer y a escribir para poder entender lo que mi hermana escribió y poder darle punto final a esta historia.

Ahora me doy cuenta de la maldad de la gente y la inmadurez que todos hemos tenido, de la ignorancia de mi hermana al pensar que toda su vida estaba bastante bien cuando yo sabía que era un completo desastre. Primero por la sociedad, que no dejó a mi hermana estudiar, una de las peores cosas que le pueden hacer a alguien que quiere aprender. Segundo, por nuestras condiciones de vida, porque vivimos en un país subdesarrollado. Y tercero, y el que nunca mas pronunciaré es el nombre de mi padre. Nunca me explicaré como nos pudo arruinar la vida así. Maltratador. Le odio tanto.

Ahora vivo en un orfanato con más niños y mi vida es distinta, pero no es feliz. Pero la sociedad no está de mi lado, y lo se.

Y de lo que más me alegro es de haber aprendido a leer y a escribir y poder terminar la libreta de mi hermana, y saber que soy mejor que mi padre en muchas cosas incluido en esto.

Esta historia se dio a conocer por Asmin Lorak, padre de Anni, analfabeto el 13 de diciembre de 1989. Asmin Lorak no fue sancionado ni enviado a prisión.

Ahmadabad, 13 de diciembre de 1989

1º Premio

Elena María Saiz Lou

“Awa, la lucha por los sueños”

Colegio Salesiano San José

Awa siempre había querido ir a la escuela. Desde que sus hermanos fueron por primera vez, ella había rezado todas las noches por poder ir con ellos cuando creciese. No sabía exactamente lo que hacían allí, nunca se lo contaron porque, según su padre, “no eran asuntos de mujeres”. Ella se quedaba en casa y ayudaba a su madre con las labores de la casa: ir a buscar agua al río, trabajar en el huerto de la familia, cuidar a los más pequeños... Cuando cumplió ocho años, sus hermanos ya había acabado su escolarización (o la había dejado, nunca lo supo) y trabajaban en los campos con su padre, excepto uno de ellos, Abdou. Cuando nadie la reclamaba para ninguna tarea, Awa se sentaba al lado de Abdou y observaba cómo deslizaba el lápiz por el cuaderno para repetir los dibujos que tenía de modelo. No preguntaba nada para no distraerle, aunque a veces él se cansaba y la echaba a la calle. Pero ella volvía al día siguiente y se quedaba de nuevo en el mismo sitio, mirando embobada la mano de su hermano. Harto, Abdou le preguntó por qué no le dejaba en paz. Awa bajó la mirada y no dijo nada. Abdou insistió hasta que ella, sonrojada, le señaló una masa grisácea e irregular que tenía al lado de las hojas.

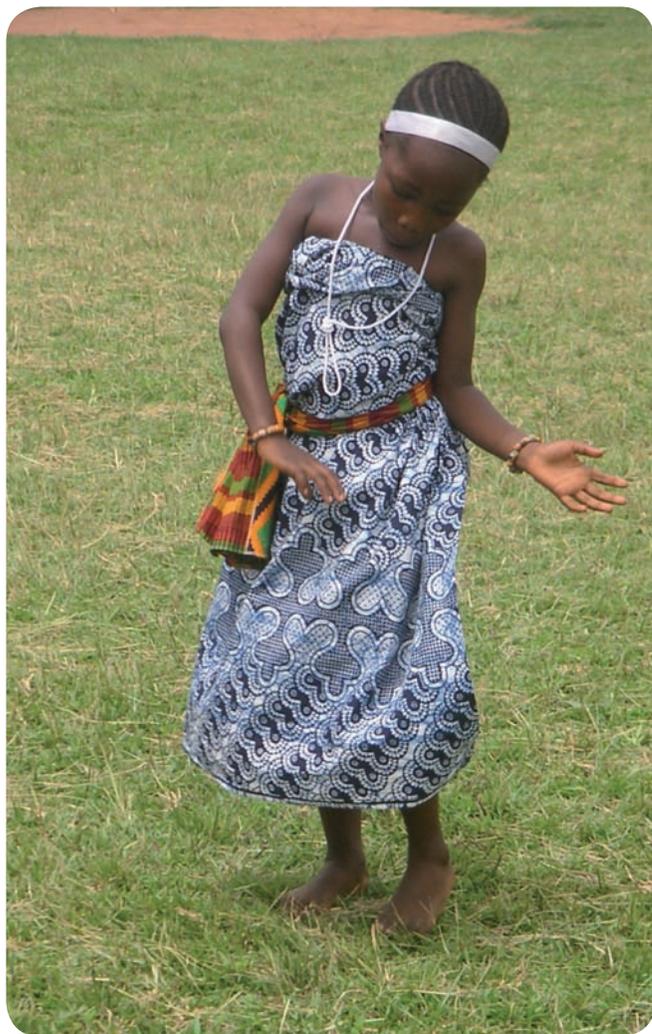
-¿Es por esto? ¡Por una goma de borrar!

Awa, sin levantar los ojos del suelo, asintió con la cabeza. Entonces, él cogió la goma y la partió, dándole el trozo más pequeño a su hermana.

-¿Sabes cómo se usa? Mira ven, coge mi lápiz – puso el carboncillo entre los dedos de Awa y, dirigiendo su mano, trazó una A en una esquina del cuaderno. Después, sin levantarlo de la hoja, dibujó una W y después otra A.

-¿Has visto cómo se hace? Ahora coges la goma y frotas encima para quitarlo.- Siguiendo el mismo método, Abdou borró el nombre del cuaderno. Soltó la mano de su hermana, que todavía sujetaba el trozo de goma, y le dijo que se fuera.

No pudo dormir aquella noche, todavía impresionada por lo que había hecho con su hermano. ¡Ella, una simple mujer que no valía para nada, había sido capaz de escribir! Además, se había quedado un trozo de eso que servía para quitar las cosas que estaban mal hechas, como le había explicado después su hermano. En realidad no era por eso por lo que le gustaba estar con él mientras estudiaba, pero no se había atrevido a decirle que ella quería ir a la escuela, porque su padre la habría castigado, y aun conservaba los moratones de la última vez. Esa noche, mientras aspiraba el olor penetrante de la goma que le



había descubierto un mundo nuevo, se prometió a sí misma que aprendería a leer y a escribir, aunque tuviese que trabajar el doble de tiempo que los chicos, porque según su padre, para una mujer era imposible hacer lo mismo que un hombre. Pero Awa se dijo que ella lo conseguiría y, para recordárselo, olería todas las noches su trozo de goma para no olvidar la sensación de poder escribir su nombre.

Awa tiene veintiséis años y es madre de cuatro hijos. Se casó a los quince con un hombre mayor que ella, no sabe cuánto, que tampoco le ha dejado ir a la escuela, como un día hizo su padre. Awa trabaja llevando las labores de la casa, ayudada por sus hijas, mientras su marido trabaja y sus hijos van al colegio. Los lápices que usan han cambiado un poco, pero las gomas siguen teniendo el mismo olor que la que Abdou le regaló hace dieciocho años. Pero hoy es un día distinto para Awa. Su hijo pequeño, Ibrahima, al llegar de clase, le ha enseñado su cuaderno de notas, lleno de garabatos incomprensibles, explicándoles todo lo que les ha dicho el maestro. Se ha emocionado al ver que su hijo es capaz de hacer en unos días todo lo que ella no ha conseguido en años. Entonces, Ibrahima le ha contado que uno de sus compañeros ya sabe escribir porque le ha enseñado su madre.

En este mismo momento,

Awa está en casa de su amiga Khady, la madre del compañero de su hijo, hablando con ella y planteándole una idea que tiene en mente desde hace tiempo. Cuando vuelva a casa, Awa sonreirá como no la ha hecho nunca, y le contará a su marido que a partir de ahora quedará todas las tardes con algunas de sus vecinas para trabajar juntas en casa de una de ellas. Él, sin prestar atención a lo que le dice, asentirá y le exigirá la cena. Ella responderá sumisa, bajando la cabeza, como lleva haciendo toda su vida. Pero hoy los ojos le brillarán de manera especial, y esta noche, el olor de la goma de borrar será completamente nuevo para ella.



TAS

La Gran Lectura

22 DE ABRIL DE 2009



